Paula Farias
PIEL DE DERIVA
AdN

Paula Farias

PIEL DE DERIVA

AdN Alianza de Novelas

Al «pez volador», una tarde de marzo,
estrenando el mundo.

Uno
La farsa

1
Nocturnidad

La falta de luna esconde los afanes de una maniobra que está resultando difícil. El remolcador, en un bufido de motor extenuado, tira de la fragata y de paso le marca la estela a una gabarra de pesca que les sigue a escasos metros.

Entre los dos arrastran un barco de guerra que es puro atrezo, incapaz ya hasta de levar su propia ancla. Apenas cuatro tornillos herrumbrosos donde antes estaban los motores, y un cascarón que ya no asusta más que a los que aún no saben que ya no asusta. El planteamiento perfecto de una farsa.

Se oye un crujido inesperado en una sinfonía de poleas oxidadas y Bricio, el capitán, un vasco enjuto que respira agua salada, se tensa. Percibe algo que le inquieta y se le dilatan las pupilas, felino. Marca un gesto seco con la mano, como de rebanarse el cuello, y la tripulación, atenta a la consigna, detiene la maniobra. Baja a cubierta y, metódico, se toma su tiempo en comprobar los cabos y las roldanas. Un sudor molesto, que ha estado acompañándole durante toda esa noche de ajetreos, le resbala por los párpados y medio le nubla la vista, aunque no lo suficiente como para alterar su quehacer de hombre minucioso. Finalmente encuentra una polea que tiene holgura y la ajusta. El resto parece en orden, pero la demora ha complicado las cosas, pues se intuye ya la luz del alba. O quizá no, quizás es solo que él presiente una claridad en el cielo que aún no es tal, envuelto como está en su preocupación, con esa cabeza que tiene que siempre se empeña en anticipar problemas que igual nunca serán. Pero ¿qué puede hacer? Su cabeza funciona así, en permanente naufragio, y más aún en días como hoy en los que el tiempo va tan justo y cada minuto aprieta.

Sea como fuera, Bricio sabe que no tiene más remedio que acelerar la operación de remolque. Por el interfono habla con Jonás, el jefe de máquinas, un gallego de tierra adentro que abajo, en la sala, dormitaba sobre lo que hasta ahora parecía una maniobra de pura rutina. Le cuenta que ya clarea el día y Jonás, a pesar de su sangre templada, también se inquieta. Ambos saben que el tiempo va demasiado justo como para poder fondear la fragata junto al resto de las corbetas y desaparecer. Saben también que el satélite pasará sobre ellos, fotografiando el golfo, como siempre, con puntualidad de funcionario. Esa foto que marca el pulso de la zona. Y del mismo modo saben que no debe pillarlos maniobrando. Bajo ningún concepto. Conocen bien las instrucciones. Es preferible no mover los barcos antes que ser captados en pleno traslado. La imagen de un remolcador arrastrando una fragata haría visibles las bambalinas de la farsa, y ambos intuyen que eso sería imperdonable. Que si fallan no deberían esperar demasiada comprensión. Que antes hubo otros que cometieron errores similares y ya no están. La historia completa no la conocen, pero sí que desaparecieron, y precisamente es la falta de detalles es lo que hace que la idea sea aún más desasosegante. La imaginación tiene esa particularidad, cuando hay problemas siempre construye a la contra, a generar fantasmas, y Bricio y Jonás, desde que trabajan para el régimen del dictador, andan sobrados de imaginación. Será por eso que se apuran tanto y el sudor les resulta tan molesto.

Ante la urgencia Bricio tuerce el gesto, aprieta los puños y le mete a la maniobra un ritmo frenético a fin de ganarle tiempo a un sol que continúa su ascenso innegociable. Apurando el motor hasta sus límites, las estachas del remolque se tensan provocando que el agua al escurrir golpee la cubierta en un repiqueteo que de pronto le trae a la memoria, de forma inoportuna, recuerdos de cuando de niño, en el pueblo, se ensimismaba viendo a su abuela lavar la ropa.

Un patio mal encalado, un sol de verano y las camisas secando al aire sin apenas escurrir, intentando aprovechar ese espejismo de sur que le entraba a su abuela cada vez que en esa tierra de cielos plomizos amanecía despejado. Y los

goterones que caen y tamborilean en un suelo de cemento desconchado que el agua hace cambiar de color, propiciando que el niño juegue a dibujar en él; pájaros, casi siempre pájaros, esas uves deslavazadas, infantiles, el trazo más sencillo posible del dedo sobre el cemento. A veces el niño también dibuja ballenas, y entonces son los chorros de agua que les salen del lomo los que quedan convertidos en charco.

Apenas unos segundos para la ensoñación, definitivamente inoportuna, y Bricio regresa al presente y a la maniobra. La urgencia sigue ahí, clareando el día. Una racha de viento que viene de babor escora el barco lo suficiente como para convertir la cocina en un estrépito de cacharros dispersos por el suelo. En cubierta continúa la tensión. Deprisa. Unos minutos más y todo será visible desde el satélite. Deprisa. Es preciso un poco más de velocidad. El sol sigue subiendo sin dar tregua, pronto habrá clareado demasiado y el escenario será evidente. Con el último esfuerzo las alarmas de la sala de máquinas empiezan a saltar mientras la presión del motor llena la estancia de un humo incómodo. Deprisa. Ya están casi en posición. Bricio hace un gesto con la mano a modo de instrucción y en la gabarra que les sigue a escasos metros largan el ancla que cae al agua en el lugar preciso, con un estruendo desordenado. Todo perfecto. El fondeo en el sitio previsto.

El remolcador entonces suelta los cabos con los que tiraba de la fragata y pone rumbo este, a toda máquina, para ir a refugiarse en el puerto de pescadores donde seguramente, un día más, nadie hará preguntas.

La fragata queda liberada, quieta, inmóvil, apenas mecida por el vaivén de las olas que el ajetreo de las dos embarcaciones han dejado tras de sí.

La gabarra de los pescadores, libre ya del peso del ancla, retorna a sus pretendidos quehaceres y se dispone a recoger sus redes de pesca, pese a que todo el mundo sabe que ese no es el aparejo adecuado para faenar en esa bajura.

Entonces, como en una representación donde el regidor anda cuidadoso en medir los tiempos para que todo encaje y entradas y salidas de escena cuadren en una coreografía

perfecta, el sol asoma y segundos después, a su hora prevista, el satélite pasa para tomar sus fotografías de rigor.

Y hoy, como cada día, el puerto será una foto en la que todo parece estar en su sitio: la imponente flota militar de siempre, completa y dispuesta, en la que varias corbetas y una fragata parecen haber cambiado de posición, seguramente porque habrán estado haciendo maniobras nocturnas de escuadra inquieta; pescadores locales a la bajura recogiendo las redes, parece que una vez más con poca o ninguna fortuna; y ese viejo remolcador, desde hace ya tantos meses atracado en el muelle de pescadores, probablemente con algún problema mecánico que un armador corto de fondos no puede o no le interesa resolver.

Todo correcto. Todo en su sitio. Todo según lo previsto.

Con la misión cumplida Bricio marcha a dormir mientras Jonás, cuidadoso, se queda engrasando las poleas. «Catalina» llaman a la polea que más gime. Aquí parece que hay más de una que responde a ese nombre. Por si acaso decide engrasarlas todas. No tiene prisa. Sabe que por delante vienen días tranquilos en los que no deberán mover ningún barco y entonces tendrá tiempo de dormir a sus anchas. Pues los días en que la flota debe parecer parada también son parte del plan, que los excesos de movimiento, los cambios innecesarios, pueden resultar igualmente sospechosos.

Termina con las poleas, baja a la máquina y se queda allí un rato sentado, en las tripas del monstruo, disfrutando del silencio. Y por qué será que le gusta tanto escuchar los crujidos del acero, el chirriar de los engranajes, y la mar, golpeando suave los laterales, como una caricia. Ese respirar manteniéndose atento al latido y poco más. ¿De dónde le vendrán esas inclinaciones? Su mujer solía decirle que cuando le pusieron aquel nombre, Jonás, fue como si le dejaran escrito el destino. Que nunca era buena idea poner a un niño un nombre tan cargado de literatura. Que eso siempre hace las cosas difíciles. Su mujer decía muchas cosas así, como si habitara en otro sitio, pero ahora a veces piensa que sí, que quizá su nombre tenga algo que ver con ese placer del oficio, de jugar a colocar los ruidos al compás con su latido, como si

su corazón fuese el corazón del mundo.

Quién sabe.

A ratos también se acuerda de ella, de ese olor que le erizaba la piel, de cuando los días en tierra eran como un balanceo, de cómo les gustaba estar juntos haciendo nada. Hace tiempo que ya no es así. Hace tiempo que a ella lo que más le gusta de él es el echarlo de menos. Un recuerdo que dura lo que tarda la mar en regresar.

Al cabo, tras comprobar que todo está en orden en la sala de máquinas, marcha a su camarote.

Al pasar por el de Bricio lo escucha roncar como un niño. Se habrá acostado satisfecho de su maniobra, «de relojero», como tanto le gusta decir, y no habrá tardado ni un minuto en dormirse.

Jonás lo envidia por su falta de dudas.

Los cacharros de la cocina ruedan por el suelo con cada golpe de mar. Aún pasará un buen rato antes de que alguien se ocupe de ellos.

2
Centinela

Amaneció frío, nublado, enganchando el invierno en cada hueso. La desazón. La ciudad que pesa. El teniente Bermúdez ocupa su puesto en la mesa de análisis con desgana. Ha dormido mal y eso reduce su tolerancia al café de la máquina, tan lejos de lo que recuerda que su madre, paladeando golosa, le enseñó que era buen café. Aun así, lo termina en cuatro sorbos. Le ayuda a despertar, a incorporarse a la rutina.

Enciende la pantalla del ordenador y aguarda. En unos minutos comenzarán a entrar las imágenes del satélite que escrutan la franja meridional del Mediterráneo y tendrá que analizarlas.

En la espera aprovecha para releer sus informes de días anteriores y al hacerlo sonríe satisfecho. Definitivamente es un buen analista, capaz de concluir a partir de muy pocos detalles cosas siempre interesantes; sagaz interpretando gestos, movimientos, dándoles significado; anticipándose a lo que va a ocurrir y casi siempre acertando. La imaginación con rienda corta.

Anda jugueteando con su autocomplacencia cuando la visión del vaso vacío del café de máquina le trae a la cabeza de nuevo a su madre. Seguro que si pudiera verlo ahora se sorprendería, aunque, bien pensado, lo más probable es que no entendiera nada. Ella nunca lo comprendió. Jamás compartió las cosas que le interesaban y que a ella solo le parecían juegos. ¡Pero qué iba a entender! Con ese discurso insistente sobre la importancia de medrar a la mediocridad que le daba siempre a su prole desde su eterno olor a vaca. Cómo iba a entender que uno de sus hijos se había convertido en analista de un Centro Internacional de Inteligencia. ¿De verdad? Desde

la granja donde creció hasta aquí había un camino largo y casi sin trazar. Sorprendente. Y él lo había recorrido con una determinación conmovedora, con tenacidad, para dejar atrás cualquier atisbo de ese olor a cuadra y ese horizonte de maíz.

Por eso ahora está aquí, convertido en un tipo que analiza y decide. O quizá no decide nada, pero participa, aunque solo sea como una pieza menor. Pero no una cualquiera. Una pieza clave, al menos durante unos instantes. Porque hay un momento del día en el que es él y solo él quien tiene una información crucial, y con ella la llave a muchas cosas. ¡Qué coño! Hay un instante en que de él depende que el día en el Mediterráneo transcurra como una rutina o que salten todas las alarmas y más de uno en los despachos de arriba se ponga a sudar.

Y tener en la mano el sudor de según quién es mucho tener.

Comienzan entonces a llegar las imágenes del satélite, con la puntualidad prevista, y Bermúdez deja de lado sus elucubraciones para devolver su atención a lo concreto. Escruta la pantalla con minuciosidad de forense: la flota parece completa y en su sitio, si bien advierte que algunos de los barcos han cambiado de posición. Coloca en su pantalla las imágenes del día anterior para poder compararlas y al hacerlo se lleva de forma instintiva a los labios el vaso de plástico sin recordar que el café hacía ya un buen rato que estaba apurado. Tuerce el gesto. No solo por la ausencia de café. Hay algo que le inquieta. Le da la impresión de que en las últimas semanas ha habido demasiados movimientos y no termina de entender los porqués de tanta agitación, tanto cambio, tanta maniobra nocturna. No tiene mucho sentido. Puede que los libios estén tramando algo que se le está escapando. O tal vez solo sea su exceso de afán por analizarlo todo. Puede ser eso. Además, cualquiera sabe que en el ejército no es siempre necesario que las cosas tengan sentido, que a veces las maniobras no responden a nada más que al capricho de alguien, la testosterona desmedida de algún mando recién adquirido, el afán de ordenar, desde el puente, para que la tropa asuma la disciplina sin cuestionarla. Porque no hay nada más peligroso que una tropa que se haga preguntas de más y, peor aún, que

pretenda encontrar respuestas.

Sí, seguramente eso es lo que ha debido de pasar. El capricho de algún mando desatado le parece de pronto razón suficiente para explicar los vacíos de su análisis. Satisfecho con su conclusión se pone a redactar el informe del día con rutina y esmero, como bien sabe hacer. El encabezamiento del documento resume el contenido: «Mediterráneo central / Maniobras nocturnas en la flota libia / Nivel de alerta: medio / Recomendación: contención».

Después de enviarlo se arrellana en su sillón ergonómico —no a todo el mundo le dan un sillón así— y vuelve a recordar el café de su madre y a fantasear. Piensa en los tipos que recibirán su informe, los imagina paladeando un café de verdad mientras lo leen en diagonal y con descuido para ir directamente a los párrafos de las conclusiones. Y qué frustración le produce pensarlo, porque donde él se luce de verdad es en lo menudo, en la redacción de los pequeños detalles, en cómo consigue hacer brillar hasta el pormenor más banal, pero tiene la certeza de que nadie se fijará en ellos. Y es que el mundo es así, ya nadie sabe apreciar un trabajo bien hecho, la vocación de orfebre. Todo se ha vuelto pragmatismo y resultados. Por eso sabe que lo leerán deprisa e irán derechos al capítulo de «recomendaciones», para decidir si las bendicen y hacer pasar el informe al siguiente escalón en el mando —a veces la responsabilidad solo consiste en eso, en saber tirar balones hacia arriba esquivando el sonrojo— y del mismo modo intuye que lo harán apurando un buen café espumoso en una taza de verdad. Nada de café de máquina. Porque el café es una de esas líneas invisibles que divide el mundo en dos: los que deciden y mandan y los que no. Por eso, aunque él quiere pensar que su posición respecto a la línea divisoria no está muy clara, que sus decisiones pesan y modulan la configuración del sistema, que su trabajo es importante, los restos del mal café de máquina que insiste en apurar en su vaso de plástico lo ponen definitivamente en su sitio.

3
Reputación

Mustafá, al que también llaman «el Mofeta» por su poca afición al agua jabonosa, mete la gabarra por la bocana y enfila al muelle. Por hoy su maniobra de pesca fingida ha concluido. Las redes, por supuesto, vacías. Entra disgustado, como siempre desde hace meses, desde que no le quedó otra que aceptar el trabajo por venir las instrucciones de donde venían, de esa gente a la que es mejor no contrariar. Pero la farsa ya está durando demasiado y se le está atragantando de más. Porque él es un hombre sobrio y le molesta sentir que forma parte de un tinglado así, de un circo. Y es que ¿quién va a creer que con ese aparejo alguien que sepa lo que se hace puede pretender pescar en esas profundidades? A poco que sea gente de mar, nadie. Absolutamente nadie. Pero está cansado de discutir. El tipo que se encarga de pagarle insiste en que no tiene importancia, que es solo un detalle y que en las imágenes del satélite, tomadas desde tan lejos, nadie puede apreciar esos pormenores. Pero Mustafá no está de acuerdo. Si él fuera el que estuviera analizando las imágenes sí que se daría cuenta. ¿Cómo que solo un detalle? Además, si la pesca es cuestión de algo es precisamente de eso, de detalles. De detalles y de reputación. Y aquí esta también está en juego, porque volver cada día de vacío está afectando a su nombre. Los otros patrones, que no saben el tinte de los líos en los que anda metido, se ríen de él de un modo que excluye, que no deja espacio para unirse a la mofa y que cada vez tolera peor.

Un hombre es poco más que lo que vale su nombre. Y el suyo ahora mismo anda un tanto vapuleado.

Cuando llega a casa, a pesar de la hora temprana se encuentra

a su mujer, Najwa, ya envuelta en trajines. La cebolla que pica la baña en lágrimas.

Lo saluda con un gesto de cabeza y regresa la mirada al corte.

—¿Cómo ha ido?

Mustafá se encoje de hombros y ensaya una queja.

Najwa le ataja.

—Es buen dinero.

Las cosas están difíciles y no está dispuesta a dejarle espacio para nada más. Aun así, Mustafá vuelve a intentarlo:

—Será bueno, pero no es fácil.

Najwa levanta de nuevo la vista para leerle el gesto.

Mustafá lo intenta de nuevo.

—Ríen…

Najwa ve que solo se trata de ruido.

—Pícame esos pimientos, haz el favor.

Con la certeza de que esa mañana nadie va a perder el tiempo lamiéndole el ego maltrecho, Mustafá decide que será mejor esmerarse en el corte.

Al caer la tarde bajará al muelle a buscar un rato de charla aun sabiendo que, probablemente, le toque aguantar alguna burla.

4
Detalles

En el chamizo de techo de lata, sentado en un taburete que apenas levanta un par de palmos del suelo, Mustafá «el Mofeta» ve llegar a Bricio y a Jonás. Vienen a tomar un té probablemente con la misma necesidad que él de cambiar de aires y tocar algo de tierra.

Se acomodan en una mesa y se queda observándolos curioso mientras beben, incapaz de adivinar sobre qué charlan.

Durante las maniobras se comunica con ellos por gestos, y con estos basta. Y así la mano sustituye la falta de palabras: «larga», y la mano apuntando con el índice hacia arriba gira en la dirección de las manecillas del reloj; «fondo», y el mismo gesto hacia abajo, como agujereando la cubierta, buscando algo; «babor», un vaivén a la izquierda; «estribor», lo mismo a la derecha; «listos», y el pulgar se alza, aprobador; «para», y es entonces cuando el puño en alto se cierra, contundente.

Y qué curioso, el puño en alto repetido siempre como gesto de «basta», de «hasta aquí hemos llegado», de «ya hemos tenido suficiente». ¿Y de dónde vendrán los gestos?, ¿en qué parte del cerebro se cocinarán?, ¿habrá una memoria colectiva que los custodia para activarlos en el momento preciso? Podría ser. Porque no importa que sea un marinero parando con él una maniobra o el hastío que precede a cualquiera de las revoluciones, al final el puño siempre dice lo mismo: «Basta». «Ya hemos tenido suficiente.» «Hasta aquí y no más.» Rotundo. Definitivo.

En cualquier caso, para el Mofeta los gestos con las manos y la mayor o menor urgencia en las miradas suelen bastar para que él, Jonás y Bricio se entiendan entre ellos y puedan salir airosos de maniobras complicadas. Y es que las palabras no

siempre son necesarias, a veces basta con saber mirar. Por eso ahora le resulta curioso verlos charlando mientras trasiegan el té, hablando de cosas que probablemente nada tendrán que ver con el andar cambiando fondeos de barcos fantasmas de un sitio a otro.

Observándolos mientras beben y charlan trata de repetir el ejercicio e interpretar sus gestos como cuando están de maniobra, pero no es capaz. Hablan en su lengua, con un tono monocorde y hosco, poco expresivo, que no da lugar a conjeturas. Ninguna pista.

Y piensa que quizás esa sea una de las claves sobre las que se sostiene el tinglado. Traer gente de fuera. Pues si hubiera libios a cargo de las maniobras, les habría podido la fanfarronada y ya todos sabrían los porqués del juego. Pero con estos tipos no hay peligro, porque más allá de lo parcos que son comunicándose, no hablan prácticamente nada de árabe y es difícil que vayan a soltar la lengua. No darán problemas.

Ninguno de los tres ha terminado el té cuando a la explanada llega un vehículo destartalado. La estela de polvo que deja, mezclada con el humo excesivo de un carburador agonizante, hace que el aire se vuelva irrespirable por unos segundos. Cuando la nube de humo se disipa un hombre desciende del vehículo y entrega un sobre a Bricio y Jonás, que han salido del chamizo a recibirlo.

Se trata de un listado de maniobras, de instrucciones a seguir. Órdenes en diferido. Como si se tratara de una de aquellas partidas de ajedrez que se echaban antes por carta, en la distancia —cuando las distancias aún eran algo indiscutible y absoluto— en las que a veces había tanto tiempo para pensar cada jugada que al final la cabeza, después de dar varias vueltas sobre la misma idea, volvía al punto de arranque. Como si cualquier pensamiento, cualquier reflexión, pudiéndose alargar lo suficiente en el tiempo, acabara por regresar al lugar donde empezó. El alfa y la omega, la gallina y su huevo.

Movimientos de ajedrez para un tablero de agua, decididos en algún lugar de Trípoli, puede que por algún estratega o, lo

que es más probable, diseñadas deprisa y corriendo por algún oficial apurado. Un croquis precipitado, hecho sin cuidado, con corbetas y fragatas en un barullo de flechas que bien podría haber dibujado un niño. No, un niño seguramente lo habría hecho mejor. Desde luego, el niño que fue Jonás sin duda se habría esforzado más; habría puesto esmero en dibujar las fragatas, con sus cañones y sus torretas; habría hecho un perfil que diera miedo, como corresponde a un barco de guerra, y no como los de este croquis que si algo dan es risa. Y es que quien lo ha trazado no le ha dado ninguna importancia a los detalles. Y estos la tienen. O desde luego para Jonás siempre lo han sido. Los detalles son una cuestión de respeto.

Por eso su ausencia resulta molesta. Porque si eres el último eslabón de una cadena, un croquis tan ridículo, tan a desgana, te convierte en la última pieza de una mala broma en lugar de en pieza última pero clave de una estrategia bien trazada. Y eso incomoda, produce desazón. Un inicio tan solo hilvanado, tan mal hilvanado, no encaja en un plan que tiene que finalizar en la detección por satélite de los movimientos de un engaño planetario. Un croquis tan mal trazado es una falta de seriedad, pero sobre todo una falta de respeto.

Cuando el tipo se marcha dejando atrás una nueva nube de polvo, Jonás y Bricio apuran el té y regresan al barco. Jonás revuelto en su condición de peón, sabiendo que por delante le queda una larga temporada de farsas.

Dos
Primaveras

5
Hastío

Llegaron de todas partes. Un sonido sordo, parecido a un enjambre. Como si las calles fueran ríos de piedras fluyendo lentos pero decididos, arrastrando en su rodar a las piedras de alrededor. Un rugido creciente que poco a poco, según se acercaba, iba dejando escuchar las consignas de aquella primavera con una contundencia sólida, como si fuese una sola voz la que las coreara. Y era cierto que los mensajes no eran todos fáciles de descifrar, pero eso no parecía desalentar a nadie. Algunos hablaban de hartura, de cansancio desbordado —si es que alguien sabe cómo y por dónde se desborda el cansancio—. Otros de justicia, pero no de una, sino de todo el abanico, justicia en todas sus versiones: el tiempo de la justicia, el sueño de la justicia, la sed. En el espejismo de compartir todos, no solo la marcha enfebrecida, sino también una misma idea de igualdad.

Y luego había otras consignas, y esta vez eran las más, que hablaban de sangre. Y ahí sí, ahí todos parecían saber bien qué era la sangre. La propia y la ajena. Ahí no había lugar a confusión. La sangre como mínimo común múltiplo, como obviedad. Y ¿por qué será que siempre que alguien levanta la cabeza, siempre que se empieza a intuir el olor a revolución, aparecen los que la nombran a voz en grito? Como si esta fuera un barniz necesario. Inevitable. Esa certeza de que no tardará en aparecer el que pida sangre de más.

Ibrahim, que a esa hora regresaba a casa, recién terminada su jornada en la fábrica de pan, los vio venir calle abajo, una algarabía marchando con el grito fresco y la ilusión atravesada y, sin saber muy bien por qué, se unió al río, como una piedra más, y dejándose llevar por la corriente, se puso a corear con

todos, bañado por la sorpresa, un tanto aturdido y sin darle demasiada importancia al hecho de apenas entender las consignas. Y qué más daba, si todo aquello era como un abrazo. Porque, sintiéndose parte de esa sola voz, su mañana, que había comenzado como una sucesión de rutinas, se llenó de luz, sepultando con su efervescencia el peso de lo predecible, los menesteres de la panadería y el resto de sus preocupaciones domésticas.

Después, a medida que bajaban la calle, se fueron sumando más piedras, y poco a poco lo que habían sido pequeños tumultos se convirtió en multitud. Una jauría animal que a voz en grito tomó la plaza central como quien toma una colina en llamas. Y así de pronto, y de un modo inesperado, muchos, también Ibrahim, se sintieron grandes, capaces y orgullosos, quizá por primera vez en mucho tiempo. Con un orgullo tan insolente que brotaba por encima del ruido.

Y así, también de ese modo imprevisto, aquella primavera de 2011 que llegó tan tímida, tan apenas preocupante, tan envuelta en la incredulidad de que los regueros de pólvora de las «otras primaveras» que habían prendido fuego semanas atrás a los países vecinos pudieran prender en una tierra donde las cosas estaban atadas y bien atadas, poco a poco fue reclamando su espacio entre toda esa gente que de pronto se sintió hastiada de su docilidad. Y de esa manera algo que empezó tan timorato, tan de gruñido casi inaudible, acabó rugiendo e incendiando la ciudad, el país, la historia.

Después siguieron unos días de tumulto y un exceso de violencia. Un exceso de sangre. O quizá no, quizá solo la cantidad precisa de sangre necesaria. Porque la sangre es uno de esos líquidos que tiene sus propias unidades de medida. A veces unas gotas bastan para provocar movimientos sísmicos, y a veces son toneladas y aun así no se derrama el café. Y el dictador cayó, sin tiempo ni para un último alegato. No hubo piedad para él. Lo hicieron trizas, y el mundo aplaudió. Nadie parecía acordarse de los tiempos en que todos lo recibían con la casa limpia y la mesa puesta.

Y todo acabó. O hay quien diría que para los que fueron piedras rodando calle abajo todo comenzó.

Fue entonces cuando Ibrahim sintió cómo le envolvía una sensación hasta entonces desconocida. Una curiosa mezcla de orgullo y desconcierto ante el mundo de estreno que tenía por delante.

Pero si era un comienzo, ¿por qué sentía que tenía el estómago lleno de arena?

6
Burlado

Cuando el teniente Bermúdez leyó la relación de buques operativos que se detallaban en el informe sobre la armada libia, le entró un sudor frío que en pocos segundos le empapó el pecho. No le cuadraban las cifras. Faltaban las corbetas y solo aparecían la mitad de las fragatas que él, de forma tan minuciosa y aplicada, había vigilado con el satélite durante los últimos tres años.

Esa discrepancia y los gritos que habían salido por la mañana del despacho de uno de sus jefes —uno al que nunca se le derramaba el café— le llenaron el estómago de un desasosiego casi adolescente que hacía mucho tiempo que no sentía.

Revolvió nervioso varios cajones buscando la libreta con los códigos de acceso a los archivos de imágenes para comprobar algo, pues una sospecha le estaba haciendo apretar la mandíbula de más. Cuando las cosas se le torcían acababa apretando los dientes, como si fueran una toma de tierra. Solía ser un gesto involuntario, pero esta vez no, esta vez lo hacía consciente, casi hasta hacerse daño, como si aquello pudiera ayudarle a soltar la presión que sentía crecer en el pecho.

Al cabo encontró las claves, accedió a la base de datos y con una urgencia que le atolondraba las formas fue pasando una por una las fotografías del satélite sobre las que había basado sus informes. Documentos en los que tantas veces, y en fórmulas que rozaban el tedio, exponía suficientes niveles de alerta como para terminar recomendando una y otra vez la precavida «contención».

Y qué curioso es cómo cambian las cosas según desde donde se miren. Cómo el que no espera encontrar no encuentra nunca

nada, por más que lo tenga ante sus ojos. Cómo manipulamos la cabeza para reafirmarnos en lo que queremos creer, en lo que queremos ver. Una baraja delante y pensamos que sin duda es una carta lo que hemos de elegir, sin pararnos a pensar que quizás hay más posibilidades; que quizá se puede elegir algo que no está en el aparente listado de opciones; o tal vez se puede no elegir, que no deja de ser una forma como otra cualquiera de tomar decisiones.

Pero esto el teniente Bermúdez empezó a entenderlo demasiado tarde, mientras acercaba el foco, contrastaba unas imágenes con otras y sentía cómo la perplejidad le bloqueaba la tráquea igual que si se hubiera tragado un corcho.

Entonces, aceptada la realidad, se dejó caer en el sillón —ergonómico, sí, de última generación, pero incapaz de protegerle de la contractura que desde la mandíbula se le iba extendiendo por todo el cuerpo— y articulando bien cada palabra en una voz lo suficientemente alta y clara como para no permitirse caer en la tentación de ignorarla, se dijo a sí mismo y sin piedad: «¿Pero cómo has podido ser tan gilipollas?».

Y es que todos sus informes habían caído en la trampa de un juego de prestidigitación. No había amenazante flota libia. Nunca la hubo. Nunca existió tal amenaza. Solo un montón de cascarones vacíos, cascos desnudos, puede que con motores averiados o incluso ni eso, tal vez motores ya en su mayoría ausentes, vendidos por piezas a algún bróker local dispuesto a sacarle rédito hasta al último tornillo sin importar lo oxidado que estuviese.

Un montón de carcasas inútiles y la certeza de que la arrogancia del que vigila a kilómetros de distancia haría el resto del juego. El «milagro» de mantener durante años a todo el mundo a raya confiando tan solo en un truco de magia. Una ilusión. Un hechizo.

Después de un rato, más repuesto, ordenando su mesa y sus papeles pensando que era probable que al día siguiente ese ya no fuera su sitio, un esbozo de sonrisa le torció la comisura. Porque al final resultó que sí había sido una pieza clave en el devenir de los acontecimientos, y acaso también de la historia.

Pues puede que solo hubiera sido un peón, pero desde luego no había sido uno «cualquiera». Había sido un peón «determinante». Cierto que no tanto por su agudeza como por su falta de ella, pero a fin de cuentas ahí estaba su impronta, su huella en el devenir de los acontecimientos. Sin duda había sido un elemento imprescindible para que aquella prodigiosa farsa hubiera permanecido tanto tiempo en cartel.

Estalló entonces en una carcajada al pensar en la precaución con que en las altas esferas le consentían al dictador todas sus faltas de cortesía, su forma de relacionarse desde el despotismo. En cómo todo el mundo parecía dispuesto a comulgar con las ruedas de los molinos que hicieran falta cuando en realidad lo que motivaba el temor general no era más que un conejo gigantesco en una chistera de lata.

Estaba imaginando sus caras de sorpresa y guardándolas como un hallazgo cuando recibió un mensaje de su jefe convocándolo en su despacho. Supuso entonces que hasta ahí había llegado su carrera de analista y se le encasquilló la carcajada.

7
Inconveniencia

Magnus sabe que su jefe está molesto, aunque no lo suficiente como para que se le adivine en el tono de voz. El clásico saber estar tan del norte, tan comedido, tan sin permitir que las contrariedades te saquen de tu compostura. Qué cualidad tan conveniente para según qué cosas. Qué condena para según qué otras. Por eso a veces es difícil percibir la tensión, como en este caso. Pero aun así, sin ser del todo evidente, Magnus, desde su puesto de Responsable de Operaciones Mediterráneas de la compañía naviera, la acusa, e intuye que se avecinan problemas. La sensación le disgusta. Él es un tipo ordenado, que agita la cabeza con satisfacción cada vez que los acontecimientos se suceden según lo previsto. Detesta la incertidumbre, y más aún la posibilidad de tener que improvisar. Y los enfados de su jefe son escasos y por tanto le obligan a moverse en un terreno poco conocido.

Parece que a la compañía naviera le han pedido cuentas por el remolcador que ha estado transportando los «buques fantasma». Porque así es como les ha dado en la Agencia de Inteligencia por referirse a los buques de pega en un arrebato literario de poco recorrido. «Fantasma» suena menos humillante que buque «de pega», «de atrezo», «de juguete»… «Fantasma» esconde cierto misterio. Reduce el ultraje.

En cualquier caso, parece que el remolcador que había estado dándole cobertura a la farsa recién destapada era de ellos, de la naviera. Parece que alguien, en algún momento de apuro cortoplacista, probablemente haciendo un cierre de cuentas que no satisfacía del todo sus ambiciones domésticas, pensó que aquella era una buena forma de sacarle unos cuartos de más a un buque al que apenas le quedaba trote.

Alguien, algún menesteroso incapaz de ver el mundo desde un plano más abierto, incapaz de sobrevolar por encima de su despacho, pensó que hacer trabajar al remolcador en aguas libias, bajo las órdenes del dictador, libres de regulaciones, les permitiría sacarle un poco más de zumo a un limón que estaba más que exprimido y al que, de otro modo, le habría correspondido navegar hacia el desguace.

¿Y quién iba a pensar que en algún momento todo iba a salir a la luz?

Pero así ha sido. A la prensa no ha llegado, gracias a Dios, pero sí a los despachos de Inteligencia, y ahora le reprochan a su compañía naviera el haber prestado sus servicios a semejante tipejo. Porque eso sí, ahora es un tipejo.

Desde que cayeron sus estatuas en un estruendo de hierro y arena, es un tipejo.

Desde que ya no tiene una flota que da miedo, es un tipejo.

Desde que es un tipejo todo el mundo se permite llamarle tipejo.

Por eso, desde que han pasado a referirse a él con ese nombre, haber hecho tratos con él, y más aún haber participado de la farsa del remolcador moviendo carcasas vacías de barcos, se ha convertido en un problema. Pero ¿cómo iban a saber ellos que eran parte fundamental del asunto de la chistera de lata?

No importa. Ahora viene el tiempo de las disculpas y las explicaciones. El tiempo de pagar las deudas de los patos. Y, para Magnus, el tiempo de estar atento a las variaciones en el tono de voz de su jefe.

8
Dispersión

Bricio se lamenta de que todo se haya desmoronado tan de repente. No termina de entender cómo no lo vieron venir, con lo atadas y bien atadas que parecía que tenían las cosas. Ese régimen sin fisuras. Cómo pudo incendiarse el país así. Que qué les habrían contado a aquellos muchachos para que se irguieran de esa manera. Y cómo pudo el dictador tardar tan poco en caer. Será que en manada respondemos a códigos diferentes. Será que el cansancio adormece los miedos. Quién sabe.

Sea como fuera, ahora toca marchar. Hacer el petate y volver a casa. Regresar a esos días en tierra que se hacen tan interminables, a las partidas de tute que apenas entretienen, a los desvelos esperando el amanecer. Porque la falta de actividad le provoca eso, la noche se le llena de fantasmas. Cuando navega, estos duermen, tal vez porque, como él, son sensibles al vaivén y la mar al mecerlos los ayuda a todos a caer en ese letargo marino. Pero en tierra firme despiertan. Molestos, como para que la noche se alargue de más. Para que la cabeza se le pueble de retales.

Le toca regresar a casa, donde sabe que le espera un tiempo detenido. Más aún desde que ya no está el hijo, un muchacho al que Bricio veía solo entre embarques y poco, pero que le ocupaba los días en tierra. Pero hace un par de años ya que marchó. En cuanto creció y pudo se fue a la ciudad, a ganarse la vida con cosas de papeles y asuntos que a Bricio se le escapaban. Esa dificultad de ser el padre de alguien a quien entendía con tanta dificultad.

Aun así el día que supo de sus planes intentó retenerlo.

—Cómo vas a vivir tierra adentro. Te ahogarás —le dijo.

Pero al chaval no solo le sobraban los consejos de un padre ausente, también le sobraba horizonte. Quería una vida que Bricio no acertaba a entender.

Su hijo además tenía las manos finas. A Bricio eso también le disgustaba.

En cualquier caso el hijo ya no está y la vuelta a casa huele a tedio, pero es eso o aceptar el puesto que le ofrecen en la plataforma petrolífera. Y no quiere. A su compañero Jonás le han propuesto un destino que él cogería gustoso: un remolcador en el sudeste asiático, en las playas de Alang, el desguazadero de barcos; un lugar sin duda más imprevisible e interesante. Un destino que suena a movimiento y a sorpresa.

En cambio a él solo le han ofrecido ir a la plataforma. Ahí al lado, apenas a un puñado de millas al noroeste. Pero se resiste porque eso no es la mar. Las plataformas son un simulacro; las olas baten, la mar huele y se la oye bramar, pero nada más. Están agarradas a la tierra y eso las llena de impostura. La incertidumbre de la mar desaparece y con ella el concepto entero. Son como peces en una pecera: están mojados, con algas y piedras, se mueven un poco, fingen nadar, pero la comida de colores cae desde arriba. Ya está.

Pero esa es su oferta, capitanear el buque de salvamento de la plataforma. Un remolcador que apenas se mueve, porque de eso se trata, de estar al acecho, de esperar en el «por si acaso» para intervenir, siempre listo para evacuar a todo el mundo si las cosas se ponen feas.

Es un trabajo perverso, le parece a Bricio. No le gusta la idea de tener que esperar a que todo vaya mal como única opción posible para salir de la condena al aburrimiento. Ojalá un fuego, ojalá un escape, ojalá una ola que le parta al gigante de acero alguna de sus vértebras. Ojalá cualquiera de estas cosas con tal de tener un poco de acción.

No. Definitivamente no está bien tener un trabajo donde lo que se desea es que las cosas se le compliquen al resto. Mejor regresar a casa y aceptar que viene un tiempo tedioso de partidas de tute, de tardes largas, por no decir infinitas, y de noches pobladas de fantasmas de andar por casa.

9
Respeto

Saca los aparejos y los acomoda con una delicadeza inapropiada, excesiva, como si más que útiles de pesca fuesen las herramientas de un orfebre, o de un dentista, si es que alguna vez hubiera visitado alguno. Y es que después de tanta inactividad el Mofeta necesita repasar que cada cosa esté en su sitio, que no falte nada y sobre todo que el salitre, tan voraz, no haya aprovechado la larga pausa para comerse alguna pieza. Le gusta decir que en la mar hay que ser minucioso, sistemático, así que toca ordenarlo todo, también las redes, como quien ordena las ideas: las cosas importantes, incuestionables, debajo; las prescindibles arriba, apenas posadas, para así poder soltarlas fácil, ligero, como se suelta el lastre.

Porque ahora sí, tanto tiempo después, por fin toca volver a echar las redes donde se debe y no en esa bajura absurda en la que todos sabían que no se podía sacar nada más que restos de fondo esquilmado. Por fin toca navegar, volver a leer la mar en busca de señales: las corrientes, el rizo de las olas y las algarabías de pájaros, sobre todo las algarabías de pájaros, siempre los mejores pescadores.

Otra vez toca tratar de pensar como si la cabeza fuera la del banco de peces. Porque dicen que los peces no piensan mucho, pero eso solo será cuando van de uno en uno, que todo cambia cuando están juntos, cuando son equipo. Ahí, digan lo que digan, los peces no solo piensan, ahí también bailan, él los ha visto. Y bailar es un ejercicio de muchos pensando con una misma cabeza, pura sincronía, como el buen sexo. Por eso al Mofeta pensar como si bailara con los peces le ayuda a atraparlos mejor.

Sumergido en la sensación de mar que anticipa, se esmera en preparar los aparejos, pues terminada la farsa ya puede regresar a sus faenas.

Le tocó ser un bufón durante demasiado tiempo, pero se acabó. La función ha concluido y ahora ya puede bajar a puerto con la cabeza bien alta. Ya no importa si el día ha sido de provecho o si vuelve con poca pesca en la bodega. Las cosas vuelven a estar en su mano. El Mofeta vuelve a ser un tipo a respetar.

Tres
Caparazones

10
Ballenas

La primera vez que los vio pensó que bien podría tratarse de ballenas, por la fila tan mal hecha que trazaban, la indisciplina. Esa disposición de rosario caprichoso, como en punta de flecha, a la espera. Calculó que bien podrían ser una legión de ellas aguardando el pistoletazo de salida para lanzarse a ganar un puesto en la playa. Su último puesto.

Durante unos instantes Jonás retuvo esa idea en la cabeza. Tal vez porque había escuchado contar cientos de veces cómo, de tanto en cuanto, los cetáceos entraban en una extraña sintonía, puede que presas de un aburrimiento milenario, y se lanzaban a las playas a dar con sus huesos de monstruos marinos en la arena para, al poco, morir asfixiadas por su propio peso, cuando sus costillas esponjosas resultaban incapaces de llenar ese pecho colosal fuera del agua.

Y quién sabría por qué, nadie parecía conocer los motivos de ese desastre. Circulaban teorías, muchas, pero eran vagas, no convencían. Y era precisamente esa falta de explicación lo que convertía la idea en algo tan perturbador. Imaginar a todos esos mamíferos fuera del agua, ahogándose, sin razón. La falta de aire como la materialización de la angustia. La idea de morir de asfixia revolviendo algo atávico en nuestra condición de especie que un día abandonó el agua para recorrer el mundo a dos patas.

Jonás pensó entonces que morir ahogado era como morir dos veces. Del sólido al líquido, del líquido a la nada. «Puede que se lancen a la playa cansadas de tanto mar», pensó. «Igual que yo, que tengo la mar cansada en cada hueso.» Se preguntó entonces de dónde habría venido esta última idea. Jonás tenía una relación extraña con su cansancio y con la idea de hacerse

mayor. Un pensamiento que hacía tiempo le acompañaba pero que se resistía a abrazar, y para evitarlo se dedicaba a juguetear en su periferia, como un coquetear con el paso del tiempo.

Pero al tiempo que manoseaba estas ideas mezclándolas con el olor a café recién hecho que subía de la cocina, echó un vistazo a la escala del radar y se percató de la tontería de haber pensado que aquello podían ser ballenas. Demasiado grandes. Los volúmenes que el radar dibujaba en la pantalla con cada giro no podían ser animales, por supuesto una vez descartado el monstruo marino. Aquellas sombras eran sin duda embarcaciones.

La certeza de no estar a punto de asistir a un suicidio colectivo le llevó a aligerar la presión con que sus dedos de tenaza aferraban el timón. Entonces entornó los parpados, ajustó la vista al radar y comenzó a contar los barcos que había supuesto ballenas. Muchos, doce, quince…, quizá más si no había contado bien. Todos parados, todos esperando su turno para entrar en la playa. Una playa que el radar mostraba también con contornos mal definidos, como dentelladas de algo mayor. Una costa llena de ¿barcos?, ¿ballenas?, ¿restos? Aumentó la escala del radar y confirmó que lo que estaba viendo era tal y como le habían contado, sin un ápice de rebaja. Tenía ante sus ojos el mayor desguazadero de barcos «clandestino» del Índico, quizá del mundo.

Alang. Su nuevo destino.

11
Cabos sueltos

Desde aquella primera visión sobrecogida hasta hoy, hace ya casi un año, los días han sido una misma secuencia repetida una y mil veces. Asistir y participar en el espectáculo de ver cómo las grandes compañías navieras se deshacen de sus problemas, de sus barcos viejos, por un eufemístico precio módico. Contemplar cómo ejércitos de desarrapados, en un permanente quiebro al hambre, se juegan la vida trepando por andamios de bambú a bordas imposibles para arrancar a los buques sus corazones de acero. Los preciados corazones de acero, tanto mejor si es acero japonés. Planchas de metal, cuanto más grandes más valiosas, también más peligrosas de arrancar. Un oficio difícil. Brutal. A veces tanto que se lleva por delante, y de un plumazo, la vida de puñados —esa extraña forma de medir— de hombres. Todos los que comparten un andamio que de pronto se desmorona dejándolos enterrados en el lodo oscuro de la playa, debajo de un estruendo y de un salpicar de agua, sucia de combustible y miseria.

Y desde hace ya casi un año Jonás intenta hacer su trabajo, varar los barcos y no pensar demasiado, aunque sabe que una vez más se encuentra al final de uno de esos extremos de la historia admisible. Al final de lo que es aceptable y por tanto susceptible de ser contado. Al principio de la oscuridad. Uno de esos puntos a partir de los cuales lo que ocurre ya no es tolerable, ya todo vale y ya no se hacen ni preguntas ni prisioneros.

Hasta aquí la trazabilidad, la lógica, los argumentos y las tramas. Hasta aquí los grandes conceptos: la justicia, la

libertad, los derechos… Hasta aquí la parte narrable del mundo, el espacio habitado por individuos que cuentan, sobre los que se escriben biografías y esquelas.

A partir de aquí, la oscuridad, los personajes que apenas desempeñan un papel, ni siquiera secundario, casi solo atrezo. Figuras necesarias en el decorado fronterizo, en los márgenes de la «realidad». Porque lo que ocurre más allá pertenece a otro orden de cosas. Un mundo habitado por sujetos que responden a otras aritméticas y de los que nada conocemos salvo su condición de prescindibles, números, argumentos en abstracto. Sobre su hambre, su frío, su desazón, nunca sabemos de verdad. No cuentan. Importan solo en tanto en cuanto le dan color a las únicas historias «reales», las que ocurren a este lado de las crónicas. Personajes que son parte necesaria de las grandes ecuaciones, porque la Historia los necesita al final de sus cabos. Y porque si algo necesita un buen relato es estar bien delimitado, acotados los márgenes, los hasta dónde, para que las tramas no sean infinitas y no se pierda la perspectiva. Y además ¿a quién le interesa qué pasa con los perdedores cuando se cuentan a puñados? —de nuevo esa extraña forma de medir—. Cuando no son el contrapunto de nada. Cuando solo contribuyen a ayudar a contrastar la luz con la oscuridad.

Pues aquí estaba él, Jonás, balanceándose de nuevo en uno de esos cabos de la historia, provocando movimientos de fichas de dominó que terminaban por caer al otro lado, como si fueran flecos sin importancia, movimientos que ocurren lejos del detonante principal. Menudo empleo ese de varar barcos, limpiar los trapos sucios de otros sin espacio para el sonrojo. Pero aun así agradecido, y mucho, de que lo hubieran reubicado después de aquella primavera catastrófica en la que había quedado tan señalado.

Porque la compañía naviera, ante el sonrojo general, intentó desmarcarse de su colaboración con el dictador. No porque hubieran tenido nunca ningún escrúpulo al trabajar para él, sino porque ahora todo había salido a la luz. Y es bien sabido que la luz es lo que siempre convierte el juego en sucio. En la oscuridad los reparos nunca son tantos. Las manchas no se ven.

Y en esa misma falta de miramientos poco importó que Jonás solo fuera el técnico, el peón. Poco importó que solo obedeciera ordenes; ni todo lo que él se había esforzado por mantenerse al margen, por no preguntarse los porqués de los movimientos nocturnos de la flota fantasma, para así no tener que plantearse una y otra vez qué papel jugaba él en el sostener una farsa que seguramente estaría teniendo consecuencias, algunas traducidas en sangre.

Poco importó su permanente esfuerzo por no pensar y mantener la cabeza vacía de ruido, las horas perdidas de sueño. Poco importó. La compañía lo convirtió en cabeza de turco. ¿Qué turco? Le dijeron que alguien tenía que pagar el pato. ¿Qué pato?

Pato o turco, asumió su condición de peón, y calló.

Y ahora de nuevo, ocupando un puesto que volvía a ser uno de esos cabos sueltos, volvía a verse obligado a no hacerse preguntas. A no dejar que los escrúpulos —dudaba que fueran estos exactamente— le complicaran el día.

Sabía que debía sacarse el ruido de la cabeza, o al menos ignorarlo mientras intentaba dormir. Hacerse cargo de la basura de otro le daba de comer. Y punto.

Porque entendía que para que el negocio fuera rentable hacía falta que fuera brutal, inseguro, sucio, a veces —no pocas— mortal. No era algo en lo que él debía detenerse. Su papel en la configuración de las estrecheces de los demás no podía entrar en la ecuación. No cuando de ganarse el pan se trataba.

Hacía muchos años que había aprendido que quedándose agazapado en el vientre de la ballena, como un niño que juega al escondite, se acallaban las dudas, las voces y el ruido. Y podía decir que hasta el momento no le había ido mal. No parecía sensato querer cambiar eso ahora.

12
Tedio

Bricio se aburría. Desde que dejó la mar y regresó a su tierra, se aburría. Y nadie podría acusarlo de no haberlo intentado, de no haber tratado de disfrutar de todo y también de las partidas de tute, pero resultaba difícil. Los días se mostraban largos, predecibles. Demasiado.

La tierra firme siempre le hacía sentir pequeño, raro en cualquier caso. Demasiado tiempo embarcado, dando instrucciones a unos y a otros desde un puente de mando que te convierte en un tipo incuestionado, como para ahora encontrarse a gusto siendo un parroquiano más. No solo por lo que cuesta dejar de ser dueño y señor de la última palabra, sino sobre todo porque ¡qué sabría esta gente de tierra firme lo que se siente cuando navegas!, cuando la mar ruge para recordarte lo minúsculo que eres, para petrificarte. Esa fragilidad que te hace sentir tan vivo. Cuando la mar te asusta tanto que vas y rezas. ¿Rezas? Claro que rezas. Qué otra cosa podrías hacer si no. Poseidón desatado solo te deja sitio para una buena plegaria. No porque pienses que vaya a ser efectiva, sino porque te mantiene entretenido, lejos del miedo al monstruo marino, que atenaza como pocos.

Aquí, en su tierra, no hacía falta rezar. Ni siquiera cuando le tocaba trabajar los días de galerna. Aquí la incertidumbre tenía un recorrido demasiado corto.

Desde su regreso trabajaba días sueltos en el remolcador del puerto. Cubría turnos a Marcial, un amigo al que le estaba costando hacerse mayor y tocado de los riñones, había días en los que no se sentía capaz de aguantar en el puente las doce horas de guardia. Marcial era uno de los prácticos del puerto y

Bricio, que conocía este y la bocana como si fueran el jardín de su casa, lo cubría de tapadillo.

Con el remolcador atracaban los buques más grandes, los que solos no pueden virar. Un trabajo lleno de inercias en el que Bricio se sentía como un aparcacoches. Era la mar, pero solo insinuada. Apenas asomaban a la bocana. Ni siquiera salían hasta donde el viento pegaba de veras. Todo como un simulacro. Un sucedáneo.

A Marcial le gustaba esa rutina y esa falta de sobresaltos tanto como a Bricio le pesaba. Más aún cuando llegó el invierno y la vida se estrechó. Días en los que añoraba la compañía del hijo que ya no estaba con esa extraña sensación de cuando se echan de menos cosas que nunca se han tenido. O quizá fue solo que, con el tedio jugando a la contra, el tute y la ciudad de invernada se le cayeron encima, y la superposición de los días, todos iguales, le hizo verse presa de una especie de encantamiento molesto en el que sintió que el tiempo se había detenido.

Eso y que también algunos supieron de su paso por Libia y se acercaron al bar del muelle a preguntar con esa curiosidad de quienes no saben bien qué es lo que buscan, pero aun así lo hacen de un modo violento. Y aunque la parquedad con que Bricio contaba ahuyentó a más de uno, los hubo también que insistieron, persiguiendo explicaciones, motivos, más allá de lo que realmente era importante para él. Incapaces de entender la dificultad de esas maniobras, lo marinero de la cuestión, la habilidad que había que poner sobre la mesa para ser capaz de maniobrar buques de ese tamaño sin ningún tipo de gobierno. Cascarones difíciles. Pesos muertos y al arrastre. Pero no, no eran capaces de darse cuenta, e insistían en preguntarle por su papel en una trama que a él le resultaba ajena, irrelevante, pues para Bricio todo aquel asunto no había sido más que una tremenda demostración de pura pericia marinera.

Y así, a fuerza de sentirse raro y aburrido, acabó aceptando el trabajo que le ofrecían en la plataforma petrolífera.

A pesar de haberse repetido mil veces que para él eso solo era un mar a medias.

13
Cobijo

Era noche de luna llena y tocaba aprovechar que la mar subiría a comerse la playa de Alang. Esas mareas vivas, grandes, profundas, las mejores para varar los barcos y dejarlos bien encajados en la arena, listos para ser destripados. Después habría días, casi un mes, el tiempo entre dos lunas, para que los personajes de atrezo treparan los andamios de bambú y tuvieran margen para desguazar tranquilos, hasta que la próxima luna, la próxima marea viva, hiciera de nuevo tambalearse al varado monstruo de acero. Días difíciles en los que seguramente alguno se precipitaría desde las alturas o le caería encima alguna de las enormes piezas que andaban arrancando; días en los que seguro se perderían algunos de los personajes. Una certeza con la que se contaba. Parte del juego, parte del guion. No importaba demasiado. Aquellos hombres no tenían biografía. Eran los flecos de la trama. Los cabos sueltos.

Jonás, con una taza de café calentándole las manos, esperaba en el puente la hora apropiada mientras trataba de colocar en su cabeza la confusión que le había provocado la tripulación del barco que iban a varar. Lo que le había costado desembarcarlos, porque se habían resistido, con la lancha ya abarloada y golpeándose impaciente contra la borda, y los tipos que no querían bajar, prolongando una despedida que hasta que no acaba no es. Cómo les había costado abandonar el barco… No querían… Incluso hubo un par de hombrones, con las manos marcadas de años de motor y aceite, que lloraron lagrimones silenciosos, haciendo surcos en una cara mal lavada. No querían encallar su barco. No querían bajarse y dejarlo sabiendo que lo iban a destripar, vararlo como una

ballena entristecida. No compartían las razones de la compañía e insistían en que el buque no estaba para desguazar, que era un buen barco aún; la máquina un estruendo poderoso.

No podían despedirse de su casa. Porque eso es tu barco a fin de cuentas, el refugio que te salva de la inmensidad, la madera que flota en ese espacio sin contornos. La mar incontestable poniéndote en tu sitio una y otra vez, pero ahí está tu barco, que te permite olvidarte por un ratito de tu insignificancia y dormir en un espejismo, con la casa a cuestas, como los caracoles o las tortugas. La vida en suspenso.

Y, con todo, ¿llorar? Jonás nunca había visto llorar a hombres de ese tamaño. Le habían dejado confundido.

Qué extraño oficio. Qué extraña manera de ganarse el pan.

Consolando a esos hombrones se consolaba a sí mismo.

Entre aquello y la certeza de que el desguace se llevaría por delante a algunos de los personajes de atrezo, Jonás no estaba teniendo un buen día.

Dilip entró en el puente trayéndole un café y sintió su mal humor.

—¿Qué pasa, jefe?

—Joder, Dilip, este trabajo es una mierda.

—¿Por qué?

—Estos barcos no son basura, solo han dejado de ser rentables. No deberíamos desguazarlos. Aún navegan…, son el corazón de alguno.

Dilip lo miró perplejo.

—¿El corazón? —aún con el café en la mano, no conseguía entender el escrúpulo—. Varamos los barcos y otros trabajan desguazándolos. ¿Cuál es el problema?

—Es basura de otros.

—Lo malo no es la basura, lo malo es tener hambre.

Dilip era de una aldea donde la mayoría se ganaban la vida trepando a los andamios de Alang. Él mismo había pasado años trabajando en la playa, en las peores posiciones del desguace. Porque incluso en las situaciones más calamitosas hay un escalafón; no importa lo abajo que estés, siempre hay sitio para que alguien se acomode más abajo todavía. Como cuando caza

el animal más grande y se lleva el mejor bocado. Después hay toda una cadena, una jerarquía de bichos varios que van llevándose un botín cada vez más paupérrimo para, al final, dar paso al último convidado, el que se lleva lo que sobra, lo que nadie ha querido, los despojos. Aunque para él no sean despojos, sino manjar.

Dilip había sido mucho tiempo ese último convidado, pero tantas veces buscando el resquicio por el que colarse en el botín le había hecho conocedor de los secretos de la playa y ahora trabajaba para Jonás. Conocía bien los fondos y desde ahí le asistía en las varadas.

Desde que era ojeador había dejado de preocuparse por tener hambre. Porque Dilip tenía miedo de tener hambre. Sabía que el hambre siempre traía problemas.

14
Fortuna

La sede de la organización ambientalista era una oficina pequeña, casi un almacén, en las afueras de la ciudad. Una cueva con tan poca luz natural que los días más grises las reuniones preferían hacerlas en el patio, a pesar del frío, para quitarse un poco esa sensación cavernaria. Era la única escasez que les pesaba, pues por lo demás el lugar no podía ser más adecuado: el espacio amueblado con descartes y reciclados, la precariedad convertida en fortaleza. El decorado perfecto. Una declaración de intenciones en donde las latas de tomate hacían de botes de lápices y los botes de lápices hacían de macetas para germinados, porque lo importante era que las cosas no cumplieran su función original. Y es que el reciclaje no es solo una actitud, es también una estética. Y allí abundaba.

Ese día todos estaban exultantes. La fortuna les había hecho un guiño y sus actividades de protesta habían dado un resultado inesperado. La embarcación que tenían desde hacía meses fondeada en la bocana de Alang había conseguido un material fotográfico que era dinamita. Unas fotos azarosas en las que se podía leer la matrícula de algunos de los barcos abrían una nueva posibilidad de campaña.

Orson, un tipo rubio con unas greñas que eran también toda otra declaración de intenciones, fue el que tomó las fotos de forma casual, puro azar, como casi todo lo que había terminado resultando interesante en su vida. Orson formaba parte de las tripulaciones que desde hacía semanas mantenían sus zódiacs amarradas a las cadenas de las anclas de los cargueros que esperaban su turno para lanzarse a la playa. De este modo les impedían levarlas y vararse aprovechando la marea. Ese era el juego, no dejarlos zarpar con las mareas

vivas, obligarlos a esperar a la próxima luna y hacerles perder un mes. Una buena puñalada a las finanzas de las navieras que quizá les hiciera replantearse la conveniencia del destino de desguace. Un juego sencillo, y en principio sin consecuencias, que solo requería tozudez. Resistir en las zódiacs, soportar lluvias de agua a presión durante horas, cubos de basura en descomposición cayendo por encima de la cabeza, insultos y escupitajos. Días empapados de adrenalina.

Y luego, ya por la noche, el miedo. Porque por la noche cualquiera se puede permitir unas pérdidas de paciencia que a la luz del día nadie toleraría; por la noche las reglas del juego se pueden cuestionar y un hombre a oscuras, en la mar, se vuelve vulnerable, y más aún si está amarrado a un ancla que en cualquier momento alguien —al que le han subido la apuesta sobre la cantidad de paciencia que es capaz de desplegar— puede decidir levar despedazando con ello a la embarcación y a todos sus ocupantes. Por la noche los juegos dejan de serlo, sobre todo cuando existe la posibilidad de que te hagan trizas. Por la noche un hombre en la mar es un hombre en la mar.

Pero todo esto ocurre solo de noche, porque si se aguanta bien, si se combinan adecuadamente inconsciencia y adrenalina y vuelve la luz del día sin que nadie haya perdido la paciencia, y con la luz vuelve la lluvia de agua a presión, el juego vuelve a ser incluso algo de lo que poder disfrutar.

Porque no hay nada mejor que jugar a resistir, a cualquier precio, pero siempre dentro de las tarifas estipuladas, cuando uno tiene poco más de veinte años y el enmarañado del cabello es aún una declaración de intenciones.

Orson hizo unas fotos desde la zódiac para después poder contar mejor su hazaña, pero cuando las envió en la oficina se dieron cuenta de que en una de las popas desde donde los furibundos tripulantes les echaban agua a presión se podía leer el nombre de la compañía naviera. Y, maravilla, resultó ser una naviera con sede en Róterdam.

O lo que es lo mismo, un lugar donde aún había espacio para el sonrojo.

Porque en las islas Caimán no se conjuga el verbo sonrojar,

pero en Róterdam aún sí. Y aunque desguazar allí los barcos no era ilegal, dejaba en evidencia a grandes compañías que, pudiendo hacer las cosas de un modo limpio, optaban por refugiarse en los pliegues y quiebros que la miseria acaba haciendo a las regulaciones para sacarle un poco más de zumo al limón.

Y eso producía sonrojo. Y el sonrojo es algo que pone nerviosos a los accionistas porque a veces es una cuestión que cotiza en bolsa.

La fortuna en el hallazgo de Orson no solo era de celebrar, también provocaba un cambio de planes: ahora se trataba de entrar en el desguazadero e intentar fotografiar cuantas más matrículas mejor en busca de nuevas coincidencias.

15
Docilidad

Ranjit llegó al desguazadero poco antes de que saliera el sol, el cuerpo aún entumecido. Había dormido mal. Muy mal. La jaula, de barrotes de madera robusta, con apenas espacio para los cambios de postura, no estaba pensada para tipos de su tamaño. Tampoco la posición era de ayuda. Bajo la copa del jacarandá el sol tardaba en calentar y el adormecimiento se demoraba. Pero el árbol, en el centro de la plaza, con esa sombra alargada capaz de dar cobijo a casi todo el pueblo, era sin duda el lugar más apropiado para cumplir con su función ejemplarizante.

La jaula había sido el invento de un alcalde obsesionado con la educación y la disciplina que había leído demasiado, pero todo de forma desordenada. La primera vez que años atrás Ranjit probó la jaula no estaba solo. Eran tres críos, apenas tenían trece años y los metieron allí por alborotadores, por haber roto el sueño de la gente con sus gritos nocturnos de chavales hormonados y enloquecidos. Después hubo muchas otras ocasiones, casi siempre relacionadas con su exceso de entusiasmo por los amigos, las chicas, la vida.

Pasar por la jaula en la aldea de Ranjit era un extraño peaje de crecimiento.

Con los años el alcalde de las teorías educativas murió, pero la jaula por algún motivo permaneció y su función fue cambiando, diluyéndose la parte educativa, deslizándose hacia el puro escarnio.

El abanico de motivos por los que acabar en la jaula también se fue extendiendo. Como esta vez. Lo habían metido allí por pedir un mejor salario, más pan. Y no era la primera vez que lo hacía. De hecho, casi lo había convertido en

costumbre. Sabía que provocaba malestar y que por eso lo castigaban con doble turno o con los trabajos más penosos —porque no importa cuán ingrato sea lo que tengas entre manos, siempre se puede doblar la apuesta—, pero eso no conseguía detenerlo, él seguía pidiendo. No porque pensara que la insistencia serviría de algo, sino porque no quería dejar de recordarse cada día la importancia de erguirse. Obstinarse en mantener la cabeza levantada. Hasta que el gesto se convirtiera en carácter.

Sin embargo esta última vez no había pedido pan solo para él, también lo pidió para sus compañeros, y ahí fue cuando lo detuvieron. Por agitador, dijeron. Porque pedir pan para uno es hambre, pero pedir para otros ya es meterse en política, y esta es un asunto serio, porque puede alborotar, y los alborotos se sabe cuándo empiezan, pero nunca cuándo acaban.

Y allí lo dejaron toda la noche, debajo del jacarandá, para que todo el pueblo pudiera verlo.

Y cierto que podría haber roto los barrotes, quizás una buena patada habría bastado, porque la jaula no estaba diseñada para albergar hombres hechos y derechos, pero Ranjit decidió pasar la noche en la jaula y convertirla en un gesto.

Fue una mala noche.

El gesto probablemente pasó desapercibido.

Por la mañana, cuando llegó al astillero, lo mandaron a tapar con pintura las matrículas de los barcos recién varados. Un trabajo de equilibrista, difícil, porque la caída, de producirse, no sería al agua, sino a un amasijo de hierros y combustible que impedía que caer pudiera considerarse una opción.

Ranjit, colgado del trapecio y pintando como podía, pensó que ojalá no hubiera pasado la noche en la jaula.

Al terminar y contemplar el resultado pensó también que desde luego había hecho trabajos mejores.

16
Tensar

Aunque su despacho en la naviera es luminoso, apenas una estructura de metal sujetando el vidrio, esfuerzo de algún brillante arquitecto para atrapar el sol, hoy este llega como si pasara a través de un paño, asomando apenas tras la eterna capa de nubes que se traga todo, y la luz.

Magnus las observa resignado, fantaseando con que de sus ojos salen rayos como cuchillos de sierra capaces de abrir en ese cielo plomizo un agujero redondo y perfecto, como quien taladra un queso. Un túnel que deje pasar el sol. El sol y, con él, el júbilo. Porque «júbilo» es una palabra que Magnus indefectiblemente asocia a «sol».

Le ocurre esto con algunas palabras, brillan o pierden su significado según lo apropiado que sea el escenario. Así, para hablar de «bullicio», de «júbilo», él necesita «sol», del mismo modo que hay determinados verbos que solo es capaz de conjugar cuando tiene la piel caliente. Y es que la física juega un papel mucho más relevante en el estado de ánimo de lo que queremos admitir. Su padre solía decir que la felicidad era una cuestión de temperatura. Veinticuatro grados y los problemas se desvanecían. Y Magnus lo corrobora del mismo modo que piensa que ese carácter grave, que a veces le pesa, tiene que ver con una fórmula magistral desequilibrada en la que crecer bajo la lluvia y el cielo plomizo han contado de más.

En cualquier caso, hoy el día se presenta plomizo en todas sus facetas, incluso en la variedad de verbos que intuye que no podrá conjugar. Ha comenzado con una reunión tensa, aunque seguramente ningún espectador externo la hubiera catalogado como tal, solo matices, pero a él el tono de voz de su jefe, ligeramente más agudo, apenas un puñado de hercios por

encima de la frecuencia habitual, le ha bastado para leerle la irritación.

Parece que en un comunicado de una organización ambientalista han acusado a la compañía naviera de lavar sus trapos sucios en Alang. Nada ilegal. Alang es un desguazadero donde no se respeta ningún código básico de gestión de residuos, pero no es ilegal. Estos desguaces cumplen con la legislación. La poca que pueden permitirse los que solo cuentan con la falta de esta para resultar atractivos al mercado, cierto, pero bajo ese prisma de dudosa ética todo es legal. El famoso malabarismo de lo «quizá moralmente cuestionable, pero en ningún caso ilegal» que consigue que a más de uno no se le derrame el café.

De todos modos, pese a su importante pero casi imperceptible irritación, su jefe solo ha procedido a solicitar una minuciosa descripción de los hechos —la gente comedida muchas veces se refugia en los pormenores a modo de válvula —, pero no ha pedido cabezas. En realidad no ha pedido nada, por lo que Magnus quiere pensar que solo ha querido dejar claro su disgusto, además de poder disfrutar de la oportunidad de elevar la frecuencia de su tono de voz con una justificación.

Porque su jefe, aun siendo un personaje principal en la gran trama, tiene un papel aburrido, predecible. Y su circunspección la tiene tan interiorizada que necesita una excusa bien argumentada para ser capaz de salir de ella.

Ese tono de voz.

Aunque en el fondo no habrá pedido cabezas porque para él todas son irrelevantes. Solo importan si suman o restan a la cuenta de resultados, pero más allá de eso, sacrificar peones no produce ningún placer. Es más, incluso ese alcanzar la condición de peón sobre el que decidir aplicar o descartar el sacrificio no está garantizado. No todo el mundo llega a esa categoría. Ser peón es ya ser algo.

Aun así, ante esa ligera irritación en el tono, Magnus sabe que tiene que hacer un par de llamadas, aunque solo sea para tensar la cuerda y que los problemas salpiquen a toda la cadena. Que si el jefe está molesto todo el mundo debe saberlo. Todo el mundo tiene que sentirse inquieto. Son los privilegios

de los personajes protagonistas.

Al teléfono ensaya un tono de enfado, el único del que es capaz con ese cielo plomizo que le amortigua. Y entonces descubre que hubo una primera foto, hace meses. ¿Y cómo no se reaccionó? Porque en ese momento podrían haber argumentado que se trataba de algo puntual. Pero no lo hicieron, y ahora el sonrojo tiene una dimensión difícil de manejar. Ahora son más de diez los barcos detectados. ¿Y cómo es posible que les hayan dejado hacer tantas fotos?, ¿cómo que han entrado con zódiacs?, ¿cómo que el mar no puede ser una propiedad privada? Con una buena cartera todo es propiedad privada. ¿Y cómo es que después de la primera alarma no se encargaron de tapar las matrículas? Qué torpeza. Qué falta de astucia. Pero entonces Magnus hace una pausa y duda, porque de pronto no tiene claro si realmente esta carencia es algo reclamable. Y es que ese es uno de los problemas de la doble moral: no tener claro dónde se puede o debe colocar la indignación. No tener claro hasta dónde esta es creíble.

Y entonces piensa que es una lástima que entre los servicios que ofrece el desguazadero, además de ocuparse de sus trapos sucios, no incluyan recetas para capear mejor sus contradicciones.

17
Contradicciones

La vehemencia llenaba siempre la hora del café, daba un poco igual la cuestión a abordar. Acalorarse innecesariamente era parte de su forma de entender el activismo, pero esta vez la discusión hervía más de lo habitual. Una repercusión mayor de la esperada con la campaña había escalado el asunto y ahora el desguazadero corría un serio riesgo de acabar cerrando. Y entonces algunos de los muchachos de pelo encrespado, desde su oficina de luz escasa, sintieron que había elementos que no se habían considerado bien en aquella ecuación. Que quizá se les había ido la cuestión un poco de las manos.

Sentados en el patio que hacía las veces de sala de reuniones se lanzaban sus dudas y contradicciones como quien circula patatas calientes.

—Hay mucha gente que vive de eso. Familias enteras. Aldeas.

Pero no a todos les parecía necesario considerar las cosas desde otros ángulos y dejar espacio para la duda.

—Contaminan.

—De algo tendrán que comer.

—Que busquen otro oficio —insistían.

—La mar es de todos.

Y así el tambaleo de las certezas de algunos le daba al logro un matiz agridulce.

18
Otro pato

Su jefe se puso furioso. Alguien lo había llamado desde arriba. Alguien que a su vez había recibido una llamada, también desde arriba. Y así sucesivamente. Los escalones que separaban a Ranjit del origen del enfado eran difíciles de precisar, pero sin duda eran muchos, aunque por supuesto él no tenía acceso a la dimensión de la cascada de quejas. Tampoco le importó. Cosas de peones, no suelen preocuparse por las reglas del juego porque juegan en los márgenes.

Ranjit solo supo que su jefe, en un afán de dejar claro que acusaba recibo del problema y tomaba medidas, lo llamó a su «despacho», ese cuartito de techo de lata que cambiaba de temperatura en función del sol y que se convertía a ciertas horas del día en una olla de cocer garbanzos; forzado llamar a aquello «despacho», pero aun así capaz de llenar la boca de su jefe cada vez que lo pronunciaba, como una conquista.

Una vez allí, y sin apenas ofrecerle explicaciones —eso es lo bueno de tener autoridad, tú decides el nivel de explicaciones que hay que dar—, lo despidió. Dijo que era el responsable de pintar las matrículas. Y ¿es que no era eso lo que había hecho? Había pintado no solo las matrículas, había pintado el trozo de popa que las enmarcaba. Y además lo había hecho después de una mala noche, mejor decir infame, y colgando de un andamio digno de un maestro equilibrista.

Pero su jefe dijo que las matrículas no habían quedado tapadas. ¿Cómo que tapadas? No, claro que no, solo habían quedado de otro color. ¿Acaso no era eso lo que le habían pedido? Y le dijo que a pesar de la pintura se podía leer el nombre. Claro, porque, ¿cómo iba él a arrancar las letras de metal? Eso era una maniobra que no se podía llevar a cabo

desde su andamio de canario enjaulado. Lo único que podía hacer era pintar encima, con dificultad. Y sí, se leían los nombres, claro que se leían, pero es que a él nadie le había dicho que tenía que pintarlas con otro fin.

Y por último le dijo que por eso los habían denunciado. Bueno, que por eso habían denunciado a la compañía. Porque se veía el nombre, el de la compañía. ¿Denunciado?, ¿por qué? No entendía nada. Pero su jefe no se molestó en explicarle más. Le señaló la puerta en un gesto aprendido en alguna película barata y volvió a sus papeles con displicencia dejando a Ranjit envuelto en esa sensación de retorno a la casilla de salida que tan bien conocía.

Camino a casa, se sentó frente al río para ver si contemplar el pasar del agua le ayudaba a pensar, pero se quedó mirando el río toda la tarde sin que la corriente tuviera ningún efecto en el orden con el que los pensamientos le atropellaban. Aquella noche durmió poco y a la mañana siguiente se levantó con una determinación desconocida.

Salió del pueblo y echó a andar, decidido a no regresar hasta que la gente dejara de hablar como si él no estuviera en la habitación.

Cuatro
Tránsitos

19
Redes

Las redes han vuelto a traer un muerto mezclado con las doradas. Difícil decir quién es, reconocer el rostro, tan comido como está por los cangrejos. Y ya van seis este mes. A este paso pronto tocará cambiar de sitio y marchar a pescar a otros caladeros porque este, con tanto muerto, se está convirtiendo en un problema.

Y es que un muerto a bordo lo complica todo. Cierto que podrían volver a echarlo al agua, casi todos los barcos lo hacen. Incluso hay patrones que se vanaglorian de ello. «Qué mejor tumba que el ancho mar», dicen. Pero él no puede. Él piensa que a los muertos hay que enterrarlos. Cada cosa en su lugar. Polvo al polvo. El agua es cementerio de ballenas, no de hombres que caminan alzados, como él: un hombre erguido que espera que cuando llegue el momento le den tierra también. Siempre ha pensado así y ahora es demasiado viejo para cambiar.

No puede tirarlo al agua, pero llevar un muerto a bordo complica. El día se echa a perder. Hay que recoger el aparejo y volver a tierra, no se puede seguir pescando, pues mezclar doradas con muertos a medio macerar no es bueno para el negocio, podría dar que hablar, que la mar es muy grande, pero también muy chica y todo se acaba sabiendo. Además el muerto quiebra el ánimo de la tripulación, gente de mar siempre supersticiosa, siempre dispuesta a sacar conclusiones oscuras del saco de los presagios que todos llevan a la espalda. Y desde luego llevar un muerto a bordo no tiene desperdicio cuando de manejar malos augurios se trata. Hay incluso quien se echa a rezar. A implorarle a Dios y al monstruo marino, a partes iguales, que tanto da.

Así es la mar, y así debe seguir siendo, que hace falta mucha magia para conjurar la inmensidad, para olvidar la insignificancia que somos en este trozo de madera cargado de almas que las olas mecen a su antojo.

El muerto se queda a bordo, pero el día será baldío.

Mustafá «el Mofeta» pone rumbo a tierra mientras la tripulación escupe por la borda con apremio.

20
Sortilegios

Fue la falta de entusiasmo, colándose en la faena diaria y cubriéndolo todo de desgana, lo que acabó con el espejismo de calma en el que Ranjit llevaba ya meses sumergido.

Desde que llegó a Suez, tras un periplo por embarcaciones de todo pelaje, había estado trabajando para el señor Suleimán, hombre de piel curtida e ideas extravagantes con el que se cruzó por azar y al que le bastó apenas un vistazo a sus manos rudas para ofrecerle un empleo.

Suleimán tenía un taller de chapa en los almacenes del muelle y en él fabricaban «amuletos», figuras de más de dos metros de altura que vendían a los cargueros que, tras cruzar el canal, iban a navegar un mar Rojo plagado de piratas. Siluetas de soldados de chapa, de hombres armados hasta los dientes, grandes, muy grandes, de un tamaño que rozaba lo mitológico. Contornos de guerreros que se atornillaban a las bordas de los barcos en una pretensión de guardia armada. Un intento de ahuyentar los miedos con un sortilegio tan infantil como inútil, pues hacía falta estar muy poco curtido para dejarse engañar con semejante pantomima. Y en aquellas aguas piratas poco curtidos apenas había. Pero aun así, de forma sorprendente, el asunto de los «soldaditos de plomo-polichinelas» era, en la escala de los negocios de tenderete, una industria floreciente.

Y es que el miedo nos dispone a comprarlo casi todo, hasta el más barato de los engaños. Ayuda a construir las patrañas, a dejarlas reposar lo justo, como para tomar distancia, y luego a volver a ellas decididos a creerlas.

Pero con el tiempo, Ranjit empezó a aburrirse del trabajo y Suleimán a recriminarle una falta de entusiasmo que decía

afectaba al negocio. Argumentaba que sus siluetas de chapa habían comenzado a ser réplicas reconocibles, productos en serie que ponían a prueba el sortilegio; que un truco de magia convertido en secuencia clónica se hacía previsible y perdía sus «poderes». O al menos eso le decía, convencido hasta ese momento de que el encantamiento que provocaban sus siluetas era real y no solo un recurso pueril para intentar distraer el miedo.

Y entonces Suleimán sermoneaba a Ranjit sobre lo nociva que era la rutina en ese tipo de negocio y de lo importante que era en este trabajo conectar las manos directamente con las tripas, dejando de lado la cabeza, para escuchar tan solo el soplo del cuerpo, porque ahí, decía, era donde radicaba el poder embaucador de un buen polichinela. Y que ¿cómo iba embaucar a nadie si no era capaz de embaucarse a sí mismo?

Y cosas así, delirantes, cosas de «artista», y todo ello explicado en una suerte de discurso enfebrecido que Ranjit no acertaba a seguir, incapaz de entender en qué consistía eso de pensar con las tripas y no con la cabeza, pero reconociendo que sí, que le faltaba entusiasmo, no ahora, sino ya de un tiempo a esta parte. Porque sí que era cierto que él no quería estar ahí. Él estaba de paso. Desde que salió de Alang tras aquella noche de furia en la que decidió cambiar su destino y echar a andar sin tener claro hacia dónde, en ningún momento, y en sus muchas peripecias, había dejado de sentirse de paso. Y sí, era cierto que pensaba que la parada en Suez empezaba a durar de más y que había llegado la hora de marcharse. Que aquel agujero que dividía el mundo en dos no podía ser su destino final.

La posibilidad de embarcarse de vuelta en alguno de los buques que bajaban hacia el mar Rojo, deseosos de enrolar tripulación extra para doblar las guardias antes de cruzar las aguas piratas, era una solución fácil, pero había algo que le decía que nunca es buena idea caminar sobre lo pisado.

Entonces, con el cuerpo y la cabeza inquietos a partes iguales, se topó con un tipo en el mercado que le habló de Europa, de cómo había un modo sencillo de entrar por Libia, de cómo la vida podía llegar a ser más fácil, y de otros tantos

cantos de sirena. No le hizo falta mucho más.

21
Encuentros

El sol caía a plomo sobre el muelle del canal obligándolo a entornar la vista, pero aun así, Dilip fue capaz de reconocer a Ranjit bajo la techumbre de latón en la que se vendían aquellas extrañas figuras de hojalata. Su desembarco del *Titán* había sido tan inesperado que aún no acertaba a encajar su estupor, pero encontrarse con Ranjit en aquel lugar absurdo llevó su sensación de extrañeza a rozar la irrealidad. Ninguno de los dos tenía que estar ahí. Ambos eran personajes improbables. El encuentro respondía a una exagerada carambola del destino.

Tras el escándalo de las matrículas, la compañía naviera había decidido dejar de desguazar sus barcos en Alang, y el *Titán,* el remolcador en el que Dilip trabajaba para Jonás, dejó de ser necesario. Iban a desguazarlo también cuando se toparon con una ONG, tan voluntariosa como corta de fondos, que buscaba un barco con la borda baja para poder desplegar operaciones de rescate en el Mediterráneo. Un puñado de muchachos cargados de entusiasmo que probablemente solo podían permitirse un cascarón como aquel. Y la compañía pensó: «¿Y por qué no, si el barco iba para el desguace?».

Aun así se lo vendieron por más dinero del que valía.

Como acordaron que la entrega se haría en Italia, al *Titán* y a su tripulación les tocó subir al Mediterráneo, navegar las aguas cálidas del Índico y, entrando por Bab el Mandeb, cruzar el mar Rojo. Aguas piratas plagadas de peligros en las que para navegar había que doblar, incluso triplicar, las guardias. Vigilar. Y más. Porque, aparte de rezar, cruzar los dedos o invocar al monstruo marino —dependiendo de las supersticiones de cada cual—, aumentar la vigilancia era de las pocas cosas que se podían hacer. Poner todos los ojos posibles

en cubierta, seguir minuciosos en el radar los cambios de rumbo de cualquier embarcación con la que se cruzaran y salir zumbando en dirección contraria ante la más mínima sospecha de que alguien se aproximaba. Porque en esas aguas cualquier cosa que flotara era, por definición, pirata.

Sabiendo esto el *Titán* había salido de Alang con mucha más tripulación de la permitida, pues eran necesarios muchos hombres para poder doblar las guardias, muchos ojos capaces de tensarse ante la mínima amenaza, a ser posible por turnos. Además ¿quién iba a venir con regulaciones marítimas navegando por aguas piratas? Nadie. Como así fue.

Pero una vez cruzado Suez las cosas cambiaban. El Mediterráneo ya era un mundo regulado, o pretendía serlo. Ahí ya no se podía navegar como un corsario. Ahí ya hacían falta papeles, certificados. Ahí ya quince tripulantes eran quince y no treintaicinco.

Así que lo desembarcaron en Suez, a Dilip y al resto del descuadre. «Será fácil enrolarse en uno de los barcos que bajan», les dijeron. «Porque el mismo miedo da subir que bajar», les dijeron. ¿Y es que acaso ellos no podían tener también espacio para el temor? ¿Desde cuándo aquí los piratas asustan solo a una parte? Pero aun así hubo quien pensó que quizá no era mala la idea de hacer del miedo ajeno un oficio y dedicarse a doblar las guardias de los que subían y bajaban en una serpentina infinita. Sin embargo Dilip pensó que él ya había tenido su ración de guardias de sobresalto.

Por eso, cuando el azar le llevó a encontrarse con Ranjit recogiendo sus cosas bajo la techumbre de latón de aquella extraña y absurda tienda de siluetas, sintió que una trama tan forzada solo podía significar que el destino le quería decir algo y decidió unir su camino al suyo.

La promesa de un continente de leche y miel les pareció a ambos un buen argumento para echar a andar hacia el oeste.

22
Comercio

Que las cosas iban mal lo confirmaron cuando vieron los billetes cambiando de mano, aunque fueron las miradas de soslayo las que primero les despertaron la inquietud, pues intuyeron en ellas un matiz tasador. Como si les estuvieran valorando los músculos, la edad, el previsible cansancio. Un cálculo rápido del rendimiento que les podrían sacar a cada uno de ellos. Eso y una molesta sensación de fragilidad recorriéndote el cuerpo, como una premonición, un olfatear de catástrofe. Después, la negociación. Seca, breve, sobrevolada. Como seguramente son todas las negociaciones donde se compra o se vende a un hombre.

Y los billetes cambiaron de mano.

Y aun comprendiendo lo que estaba pasando, sorprendía el gesto de indiferencia de los que participaban en la operación. La falta de gravedad. Lo prosaico que resultaba todo.

Vendidos. Al mejor postor. O quizás al único. Sin literatura. Una transacción rápida y la mirada imperturbable del vendedor dejando claro que el trato está cerrado, que no hay consideraciones que añadir.

Y así, una mañana de sol, te venden sin que supieras que estabas en venta, sin que hubieras terminado de percatarte de que la mercancía eras tú, sin que hubieras aún comprendido que hay cosas que siguen ocurriendo a pesar de que vivimos en un tiempo donde hay quien lo emplea en planificar viajes espaciales. Esos caprichos.

Y es que el tipo que los acompañó todo el camino, el que en Suez les ofreció espacio en su furgoneta, el que sonreía con tanta facilidad y les compartía su pan; el tipo que conocía los trucos para cruzar las fronteras, que decía tener contactos para

ayudarlos a embarcar hacia Europa; el tipo se guardó los billetes, codicioso, y los dejó allí plantados, con aquella sonrisa aún calzada —que de pronto resultó ser más una mueca— y una absoluta indiferencia ante lo que acababa de ocurrir.

Y así, en milésimas de segundo, pasaron de ser unos chavales dando rienda suelta a su curiosidad y su afán de búsqueda a no saber si era perplejidad o miedo lo que les impedía respirar. Como si el aire hubiera cambiado de textura hacia algo más espeso y atraparlo fuera una dificultad.

No fueron los únicos. Las transacciones continuaron varios días y los perplejos acabaron siendo muchos, chavales y no tan chavales, captados con artimañas diversas, algunas ni siquiera muy elaboradas, que la cantidad de hambre en los huesos afecta directamente a la facilidad para creer patrañas.

Al final, cuando estuvieron todos los que iban a formar la cuadrilla, un disparo a bocajarro sobre el primero que protestó, que pretendió plantarse, fue suficiente para dejar claro que había nuevas reglas del juego, que tocaba obedecer, sin rechistar; para que la idea de no ser el siguiente en el reparto de barbarie rondara al grupo como un hechizo.

Y así comenzó el tiempo de vivir teniendo dueño.

Después una larga lista de trabajos diversos, en el campo o en la construcción, casi siempre al sol, casi siempre con poca comida, casi siempre con un exceso de violencia. Vigilados. Manejados como ganado, todos juntos respondiendo al mismo temor. También a la misma esperanza. Pues como un cuentagotas algunos iban saliendo, comprando su libertad, pagando en sudor —y qué difícil es cuantificar el sudor— el precio que decían sus «dueños» haber pagado por ellos. Un cuentagotas de esperanza necesario para mantener las ganas, el afán de resistir a pesar de todo. Porque si lo que queda por delante son solo golpes y sol quizá decidas bajar los brazos, y para qué seguir. Pues hay veces en que casi todo puede dejar de merecer la pena. Por eso es importante que algunos salgan, con cuentagotas, pero que salgan. Y que algunos, otros, incluso lleguen a esa Europa de los sueños y que lo cuenten, para que la motivación siga, para que nadie caiga en la tentación de rendirse.

Aunque también de vez en cuando vuelve a ser necesario descerrajar un tiro a alguien, porque en toda pócima es importante medir bien los ingredientes. Que la de la esperanza es una alquimia complicada y demasiada te puede dar alas y llevarte a pensar que saltar la valla y escapar podría llegar a ser una buena idea.

Por eso la esperanza siempre hay que manejarla como quien acaricia nitroglicerina.

23
Noctilucas

Recordaba sus antebrazos tensos, aferrados a un hierro, seguramente oxidado, difícil de saberlo debajo de tanta mugre. Los recordaba como si fueran de otro, como una tenaza ajena. Y junto a esa sensación de extrañeza, la certeza de que esos brazos, que parecían de otro, no se iban a soltar bajo ningún concepto, porque debajo estaba la carretera de asfalto partido y tierra, pasando a una velocidad tal que cualquier caída sería definitiva.

Recordaba eso y el polvo, en la garganta, en los ojos, en el sudor que pegándoselo al cuerpo lo volvía todo opaco, y a él, una silueta de barro, atrapada en los bajos de aquel camión destartalado.

Ranjit recordaba esa capacidad de ignorar su anatomía, de separarse para mirarla con indiferencia, con distancia, y cómo desde esa distancia la cabeza podía vagar, fugitiva, en el ejercicio difícil de no pensar en lo que estaba ocurriendo, en la interminable cuenta atrás del reloj que no avanza —aunque el tipo que los llevaba hacia Libia dijo convincente que sería «poco más de veinte minutos»— y que ya se cuenta en horas. ¿Hasta dónde piensan que es capaz de aguantar el cuerpo en esta postura, con esta tenaza de brazos de mugre agarrándose a los bajos, a las ballestas, a los hierros?

Pero aun así, qué capacidad tan conveniente esa de mirarse con extrañeza; de convertir el asunto en ajeno, la urgencia en ajena, el miedo en ajeno; en el ejercicio de dejar que la cabeza vuele, escapando del polvo y del momento, para llenarse de otras cosas. Por ejemplo y ¿por qué no?, de noctilucas.

Noctilucas, esas partículas fosforescentes que hacen brillar el agua al agitarse, marcando siluetas luminosas y mágicas.

Ballenas, delfines, manta rayas, cualquier cosa que el agua esconda. Llenando la mar de luz. Obligándote a detener el aliento de tanta belleza como cabe en los pocos segundos que el fantasma del contorno dura, bailando en la ola que se alza como un velo, se sostiene unos instantes y después se desvanece. Y qué mejor recuerdo para hacer volar la cabeza. Como aquella vez que una ballena de luz acompañó al barco, nadando junto a él, proa con proa, durante tantos segundos que, aun a riesgo de romper el hechizo, no quedó más remedio que respirar.

El aliento sostenido.

Y así un recuerdo lleva a otro. De Noctilucas también, en las estelas de luz que dejaban las canoas con las que robaban amarras a los grandes buques, recién salido de Alang, junto a aquellos piratas rateros de andar por casa que tanto abundaban en las aguas bajas del Índico.

Robarles las amarras a los barcos que van a entrar a puerto para luego revendérselas aprovechando la urgencia de saber que sin ellas no se puede atracar; que no les queda otra que recomprar sus propias amarras en un sitio donde el mercado es escaso.

Piratería de trazo corto, estrategias sin mucha ambición, sencillas pero eficaces: dos canoas y un cabo entre ellas y los buques que al pasar las arrastran situándolas a remolque. Después solo hace falta recuperar la distancia avanzando por el cabo y, una vez en contacto con el buque, trepar, con esa agilidad de saltimbanqui que da el hambre, y subir a la cubierta, de noche, cuando la guardia es poca y la tripulación duerme, despreocupada ya porque están cerca de la costa, y a esa altura la mar ya no es de temer. Eso y que aún no te han asaltado nunca los piratas-rateros y por eso aún no sabes que has de cuidarte de ellos.

Y así suben a bordo, muchachos con poco que perder para, desde cubierta, lanzar a sus compañeros de las canoas objetos dispares, todo lo que encuentran, que anda suelto en una cubierta, que será poco porque los barcos son espacios ordenados, con cada cosa en su lugar para que la mar cuando ande brava no se las lleve, pero aun así, algún despiste, alguna

herramienta olvidada, cualquier cosa que se pueda vender en un mundo donde hasta lo más cochambroso tiene un precio. Y luego, si has tenido suerte, y la tripulación ha pecado de impaciente y ya han sacado a cubierta las amarras, entonces te llevas el premio gordo. Las amarras, esas maromas gruesas capaces de sujetar un buque en su sitio, capaces de aguantar su inercia de animal pesado. El verdadero objetivo, el bien más preciado. Si dan con él se lanza uno de sus cabos al agua para que la canoa lo fije. Después sueltan el cabo con que se dejaban arrastrar por el buque y la amarra poco a poco va cayendo al agua, como un gusano, un remolino de cuerda que se desprende. La fortuna en espiral.

Más tarde, cuando amanece, y antes de que la tripulación se reponga de la sorpresa de que no hay amarras para atracar, ya están ellos ahí, la canoa de los piratas-rateros dispuestos a venderte una. A buen precio, eso sí. El mejor si no fuera porque te venden la misma amarra que hace un rato era tuya.

Que el negocio es el negocio. Y aunque no todos los piratas llevan sables entre los dientes y no todos tienen cuentas en Suiza, todos, más allá de su categoría, saben separar bien el negocio de cualquier otro asunto.

Sin embargo Ranjit, agarrado a los bajos de aquel camión, no recordaba todos estos pormenores. Solo recordaba el brillo de las noctilucas, el rastro que con ellas hacían las amarras al caer en el agua, el rastro de las canoas, el rastro de las ballenas en las noches mágicas, los rastros de todos aquellos pulgarcitos, orgánicos y luminosos. Lo recordaba todo en un esfuerzo, haciendo vagar la cabeza con disciplina, para de ese modo no permitirse pensar que aquellos brazos que se aferraban al hierro de las ballestas del camión eran suyos, porque si lo fueran no tendría sentido que llevaran tantas horas allí, amarrados. Chocaba con la lógica de lo físicamente posible. E intuía que si sus brazos caían en la cuenta de la imposibilidad quizá claudicarían y se dejarían caer en aquella carretera de asfalto partido. La distancia y la sensación de extrañeza respecto a ellos eran necesarias para que siguieran ahí prendidos, esperando a que aquellos veinte minutos, que ya

hacía horas que eran horas, concluyeran por fin.

Pero todo aquello ocurrió antes, Ranjit lo recordaba bien, antes de la venta, antes de que el dinero cambiara de manos en aquella madrugada infame. Porque si ese viaje en los bajos del camión hubiera sido después quizá ya no habría habido tanta razón para aferrarse, o al menos no durante tanto tiempo, no con tanta convicción. Quizá si ese viaje hubiera tenido lugar después de haber sido vendido habría hecho falta mucho más que un recuerdo de noctilucas jugando su papel de encantamiento para que los brazos hubieran seguido aferrados a la idea de no dejarse caer.

Ahora daría algo por poder volver a ser capaz de coger distancia, de volver a poder mirarse con extrañeza, con esa forma de estar ajeno. Pero los conjuros hace tiempo que han dejado de funcionar. No hay noctilucas que ayuden. No hay forma de mirar el cuerpo apaleado, con indiferencia.

24
Trabajo

Ibrahim nunca pensó que la vida se torcería tanto. Después de aquellos días gloriosos en los que la calle fue un rugido y el mundo parecía un lugar para estrenar, las cosas se fueron poniendo difíciles. Cada día más. La violencia pasó de ser una herramienta puntual a ser algo cotidiano. Servía para casi todo y de un modo caprichoso.

Pasados unos meses el dueño de la panadería donde trabajaba, cansado de tanta arbitrariedad, cerró el negocio y se marchó. No fue el único. Hubo más que olieron en el aire el fin de un ciclo y se marcharon también. La ciudad quedó con la vida a medias. Ibrahim entonces comenzó a pasar los días al sol pensando en formas de no llegar a la noche con el estómago vacío.

Todo lo que vino después fue como descender despacio por una ladera que se va sumergiendo en la niebla. Las formas de ganarse el pan fueron derivando en un de mal en peor.

Ahora trabaja de vigilante en una de las «casas de espera», esos no lugares que salpican la costa donde los traficantes van agrupando al pasaje aguardando a que las coincidencias les permitan intentar cruzar. Ibrahim lleva allí unos meses y se esfuerza en parecer brutal, intuye que si no lo sustituirán, y quién sabe, igual hasta puede que lo quiten de en medio de una forma más rotunda. No le gusta ser violento, pero tampoco quiere estar al otro lado de la línea. Y aunque apenas puede mirar a los ojos a la gente a la que vigila, prefiere no pensar demasiado.

Además, después de un tiempo y a base de repeticiones, todo, hasta el moler a palos a un hombre asustado, se puede acabar convirtiendo en una rutina. Y las rutinas siempre son

más fáciles de manejar. Más aún cuando tú también tienes el estómago medio vacío.

25
Espera

A Ranjit le resultaba difícil recordar todos los pasos del viaje de tantos que fueron antes de acabar aquí. Demasiado tiempo sin dormir tranquilo, y ahora no recuerda siquiera cuál fue el entusiasmo, que seguro lo hubo; tampoco cómo pudo darle tanto peso a las razones que hoy se le antojan tan vagas, visto el precio que le ha tocado pagar.

Hoy ya no queda nada de todo eso. Solo la certeza de que hay que seguir. Que el único camino es hacia delante. Que tienen que salir de aquí, de este lugar donde nadie debiera estar. Donde los días son como mordiscos en una sensación casi sólida de espera.

Ya casi un mes desde que él y Dilip cerraron sus deudas con los traficantes, y desde entonces están en este rincón de la costa que huele a orines y que algunos llaman «casa de espera».

Hay un tipo que vigila. A ratos parece brutal, a ratos se muestra amable. A veces ser brutal también cansa.

Esperan. Cuando todo lo que tienes que hacer es esperar, el tiempo se mide de otra manera. Y así trascurren días raros en los que tampoco nadie sabe bien qué es lo que se aguarda, si es una luna propicia, una brecha en la vigilancia de los guardacostas o un desliz en los otros grupos que también se dedican a cruzar gente. En este negocio cada cual tiene su territorio y es importante saber respetar las reglas y los límites. Más aún cuanto más oscuro sea el juego. Que el plomo que se pone en las pisadas debe ser proporcional a lo turbio del asunto que se maneja, extremando, eso sí, el cuidado para no pisar fuera del tablero.

Aunque quizá la demora se deba a que esperan un número

adecuado de personas para llenar el bote. El número suficiente que haga rentable el negocio. Cuantos más mejor, siempre jugando en el filo, rozando los límites de lo posible, apurando las cifras. Tensando la ambición y disfrazándola de terminología. Hablando de beneficios, ingresos y gastos que cubrir pese a que todo el mundo sabe que los chinos venden las embarcaciones a precio de ganga pues no hay otro modo de vender este tipo de miserias.

Pero cubrir el precio de la ganga vale como argumento para insistir en meter en cada barca un número imposible de gente para malnavegar, poniendo a prueba hasta dónde se le puede subir la apuesta al bueno de Arquímedes.

En cualquier caso, sea lo que sea lo que hayan de cuadrar, aún no lo han hecho. Aún los números o las cautelas los retienen. Por eso esperan.

En la casa hay otras personas esperando. Algunos bengalís como ellos, pero sobre todo africanos. A los africanos los tratan peor. Con ellos el hombre brutal tiene menos reparos. A unos pocos se los llevan durante el día y cuando regresan llevan la derrota escrita en cada hueso. Parece que todavía tienen que pagar el viaje, mejor no saber cómo. A las mujeres se las llevan también, pero estas cuando vuelven tienen una mirada difícil de explicar.

A pesar de que es un grupo numeroso, hay mucho silencio. Casi nadie habla. Ellos tampoco preguntan demasiado. En el silencio se intuye lo que todo el mundo sabe, que el único camino posible es hacia delante.

La única certeza sobre este lugar es que hay que dejarlo atrás.

Cinco
Vacíos

26
Entrega

Llegaron a Sicilia, a la entrega del barco, amaneciendo. Las nubes bajas enganchadas en la cima del volcán rebotando las primeras luces del alba y dándole a todo un afán de acuarela.

Aquella sería la última madrugada que Jonás tomaría café en el puente viendo salir el sol. El aire de la mañana, las volutas de la taza, el *Titán* aún en silencio, con el ruido del motor sonando suave, en segundo plano, a modo de nana, las irrupciones de una voz entrecortada en la radio dando consignas e instrucciones que atañían a otros y, por tanto, se podían escuchar como quien escucha caer la lluvia. El mundo en sus manos por unos instantes. Jonás suspiró y apuró el café. Después de la entrega, desembarcaría, cogería un vuelo de vuelta a casa y dejaría la mar en un movimiento que, teniendo en cuenta sus años, que ya pasaban de cincuenta, puede que fuera definitivo.

Pero aunque anticipaba la tristeza y el echar de menos tantas cosas, no quería seguir trabajando para la compañía. Hacía tiempo que le pesaba de más tener que bajar la cabeza y plegarse a sus requerimientos, pragmáticos, argumentados. Intolerables. Hacía tiempo que estaba cansado de sentirse mal, y dejar a Dilip y a los demás muchachos tirados en Suez había sido esa gota que desborda.

Desde la oficina central le explicaron que era un procedimiento habitual; que navegar el Mediterráneo era una cosa seria, no como el Índico, donde regía la manga ancha. Eso por no hablar del mar Rojo y sus aguas piratas, donde ya no imperaba nada. Pero en la explicación obviaban que esa era precisamente la razón por la que habían decidido llevar a tanta gente a bordo: para doblar o triplicar las guardias según

tuvieran la espita del miedo más o menos desbocada. Porque los piratas tienen la capacidad de hacer que el miedo se maneje en términos absolutos. Pero la compañía prefirió no comentar esta parte de la historia. Para ellos los miembros extra de la tripulación no eran más que piezas desechables con justificación legal.

Y puede que así fuera, que así se ordenase el mundo, pero es que al que le había tocado bajarlos del barco, llevarlos a tierra y dejarlos ahí tirados, mirándolo todos con cara de incredulidad, fue a él. Fue él el que no supo explicarle a Dilip lo inexplicable; el que amagó con regalarle el ajedrez con el que solían entretener las tardes, aunque enseguida se arrepintiera de lo absurdo del gesto. Fue él, naufragando en su sonrojo, el que apenas pudo balbucear una despedida apropiada. Fue él. Como también fue él, incapaz de gestionar más vasallaje, el que tomó la decisión de desembarcarse una vez entregado el barco.

Y es que la capacidad de sumisión es de ese tipo de cosas que se miden en el «todo o nada». Tragas un día tras otro y parece que vas a ser capaz de hacerlo siempre, pero una mañana te levantas y por alguna extraña razón dices «se acabó», y en el momento en que lo dices se abre la caja de Pandora, o la de los truenos, o alguna de esas cajas míticas, y ya no eres capaz de tragar nada más. Y entonces rompes todas las barajas, presentes y futuras. A tomar por culo. Se acabó.

Y ciertamente, se acabó.

La sumisión es palabra de definición vaga, pues depende de lo que sintamos como autoridad. Y así, mientras a algunos les basta con verse obligados a una leve inclinación de cabeza para sentirse incómodos, otros necesitan toneladas de sometimiento antes de que comience el malestar. Hay variaciones, grados, niveles de renuncia. Pero sea como sea se trata siempre de un sentimiento de comportamiento extraño, no se mide de forma lineal, sino más bien en el modo «tarro de mermelada». Vas acumulando pleitesías y parece que el tarro puede con todo, pero de pronto un buen día el tarro está lleno y no cabe nada más. Ya no cierra, la mermelada rebosa y

empiezan los problemas.

Hay tarros de dimensiones variadas, hay quien tiene tarros inmensos y quien los tiene de tamaños que apenas permiten gestionar las frustraciones del día a día; hay quien necesita casi una vida para llenar su tarro y a quien le bastan horas, minutos. Pero hay algo que sí es común a todos, y es que, con independencia de su capacidad, una vez llenos se comienza a conjugar el verbo «mandaratomarporculo». Y a partir de ahí ya no hay retorno.

Jonás dejando a sus compañeros tirados en Suez, bajo ese sol que aplastaba el muelle, mirándolo todos con cara de sorpresa y decepción, había traspasado sin duda una de esas líneas.

Había llenado su bote de mermelada.

Y hasta ahí.

Después de entregar el barco en Sicilia dejaría la compañía.

27
Desvelo

El calor no ayudaba. La noche envolvía a Marcela como un paño húmedo y su cabeza era incapaz de detenerse, en un atropello de cosas pendientes. Si todo iba bien, al día siguiente les estregarían el *Titán* y ella cogería el mando. Acababa de comprobar la posición en las páginas de tráfico marítimo, el barco estaba ya a pocas millas y al amanecer entrarían a puerto. Sabía que le aguardaban días de frenesí y que necesitaba dormir al menos unas horas, pero era incapaz.

Marcela, la pequeña de seis, y con un abuelo marino al que no conoció, pero que se colaba en las conversaciones familiares con la textura de la fruta fresca. También una vocación temprana en la que le costaba separar cuánto había de mar y cuánto de desplante ante esa vida prevista. «La niña, que ahora dice que quiere ser marino.» Un capricho que fue a más y que dejó de ser capricho cuando la mar se le metió de verdad en los huesos.

Después, la dificultad. Habitar un mundo de hombres donde es complicado que una voz de mujer se escuche, menos aún cuando la mar se embrava y despierta lo más atávico de cada uno, esos milenios de memoria colectiva. Pero ella, a base de mucho tesón, de mucho apretar los dientes, había conseguido ese respeto, ese saber que la tripulación sigue tus instrucciones sin que haya nerviosos cruces de miradas, sin que se cuestione tu saber hacer.

Sin embargo, a pesar de tener ganado el respeto, nunca había pasado de primer oficial, un puesto desde donde le sacaban el jugo a todo lo que sabía sin llegar a hacerle la concesión definitiva, un permanente escozor en su orgullo. Eso y la determinación de no estar dispuesta a abandonar el ring,

bajo ninguna circunstancia.

Y ahora, por fin, un mando. Por fin iba a comandar un buque. Y no solo eso, también una misión difícil, comprometida. Convertir el *Titán,* el viejo remolcador, en barco de rescate; salir a buscar almas a la deriva, cubrir las ausencias de una Europa que miraba hacia otro lado; patrullar la franja donde se producían los naufragios, encontrar embarcaciones y rescatarlas antes de que pasaran la línea de patrulla porque más allá ya no habría quien los pudiera asistir. Una misión que requería pericia marinera, saber leer las corrientes, el viento, el mar de fondo. Eso y también una actitud. Un carácter.

Con todo, su arranque como capitana no podía ser más épico. Una ocasión para marcarse a fuego, para salir con una buena cicatriz, para callar tantas bocas.

Pero a punto de lanzarse a lo desconocido, sintiéndose como una niña a un paso de estrenar juguete nuevo, Marcela estaba teniendo dificultades para encontrar el equilibrio entre el regocijo y la contención.

Y así, con la noche a medias y en su desvelo, regresa a las historias sobre su abuelo. Una conversación telefónica de hace unos días con su hermano Roque, el mayor, siempre con su afán de pontificar.

—Tú lo que quieres es rescatar a los náufragos del viejo.

—Y tú esas tonterías ¿de dónde las sacas?

Y es que menuda estupidez. Porque ella al abuelo lo tenía siempre presente como fruta fresca y no como algo que pesara. Y además esa historia del wolframio nunca pasó de rumor. Cierto que en aquellos años, tiempos de guerra, el abuelo, desde su puesto en Capitanía, se ocupaba de cargar los barcos ingleses con ese metal codiciado, corazas para los blindados. Pero esa historia de que después de dejarlos partir hiciera las llamadas necesarias para que la aviación alemana se ocupara de hundirlos… eso nunca se demostró, eso ya fueron malas lenguas a las que en casa nunca dieron credibilidad, aunque sí reconoce que cuando hace unos años supo del asunto, uno de esos secretos familiares contados a medias, fue para ella un

estallido.

Y Roque lo sabe y por eso juega.

Porque fueron cosas de la guerra, sí, y de hace ya tantísimo tiempo, cierto, pero aun así la idea de aquellos muchachos en cubierta despidiéndose entre bromas, sin saber que ya no tocarían tierra de nuevo, se quedó en su cabeza y de vez en cuando la asaltaba. Ese malestar que provoca imaginar cómo combina la vulnerabilidad con la inconsciencia. Esa dificultad para asumir que bajo lo cotidiano hay siempre un dragón dormido, y ese dudar de si el abuelo, su abuelo, era quizás el que daba las instrucciones precisas para despertarlo. Eso.

Desde que lo supo la idea no ha dejado de rondarle la cabeza. Aunque solo fuera un rumor.

Pero no, hoy no. Hoy su nerviosismo ante el nuevo destino que le han ofrecido los muchachos entusiastas nada tiene que ver con las cuentas pendientes de su memoria.

Y su hermano que, antes de colgar el teléfono, insiste con los náufragos del abuelo.

Y ella que «qué tendrá que ver». Que «qué forma de buscarle a todo un pie en el pasado».

Y así Marcela vuelve a intentar atrapar el sueño, pero no.

Ya amanecía cuando recibió un aviso por radio desde el *Titán*. La entrada a puerto se retrasaría. Parece ser que al pasar por Suez en algún momento les habían robado las amarras y el agente portuario estaba intentando conseguir unas para poder atracar.

28
Asfixias

Hablaban de la asfixia, de lo que tarda un hombre en morir bajo el agua antes de que los pulmones llenos de líquido abandonen su espasmo incrédulo y se rindan. Y de cómo unos cuerpos se hunden más rápido que otros, «cosas de los huesos», decían, «de la densidad», de que «hay razas que flotan, otras que no». Hasta para eso el azar es caprichoso. Y después hablaban de lo importante que era que los tiempos durante los rescates estuvieran bien ajustados, y de lo certeras que tenían que ser las maniobras. Porque parece que la gente se asustaba, bueno, ya venía asustada —como para no estarlo, después de tanta mar en un barquito de papel— y si no afinabas bien había quien se podía ir al agua o incluso, más dramático, hacer volcar el bote con todos dentro. Y de nuevo la asfixia como un horizonte oscuro.

Y luego también hablaban de la calma, de la propia y de la ajena, como la mejor de las recetas, la herramienta imprescindible, «la clave de todo es que no se pierda la calma». Y esta entonces se invocaba como un mantra y todos asentían con vaivenes de cabeza. La calma, sí, la calma era sin duda importante.

Y más tarde, mientras recorrían el barco con ojos codiciosos de entusiasmo, también hablaban del espacio a bordo; de los metros cuadrados que había bajo techo o a cielo abierto; de la cantidad de gente que, si todo iba bien, podrían meter en cada lugar: a los más duros, los hombres recios, en la cubierta de popa, que era la más generosa en espacio, pero donde si la mar se picaba golpearía seguro, no solo mojando hasta el último resquicio, sino dejando claro con cada bandazo en manos de quién estabas. Por eso, las mujeres y los niños, dentro. Y por

qué será que las mujeres siempre acaban asociadas a la fragilidad cuando para aguantar la fiereza de la mar no hace falta fuerza bruta, sino solo saber apretar los dientes y resistir. Esa determinación que nunca falta, menos aun cuando proteges a tus crías. No importa. Las mujeres, dentro.

Jonás observaba a los muchachos que habían comprado el barco hablando de todo esto, de la asfixia, del espacio, mientras recorrían entusiasmados los camarotes —y qué camarote cogería cada cual, como si de un campamento de verano se tratara—; la sala de máquinas con su luz titilante, tan inhóspita; el puente de mando, el perfecto cuartel general; la cocina y su magia de artilugios extraños para poder cocer la sopa en los días de mala mar sin que las olas pudieran derramarla.

Había uno que caminaba a zancadas y con aire absorto, como si fuese un bailarín, con el centro de gravedad por delante y él siempre como queriendo alcanzarlo. Parecía estar en otro lugar. El resto eran puro nervio. Y Jonás los observaba mientras calculaban la cantidad de personas que podrían meter en la bodega, en la cubierta de popa, en la segunda cubierta e incluso en el puente si las cosas se ponían feas. Ese tensar las posibilidades sin olvidarse nunca de repartir bien el peso, mientras decidían dónde poner la enfermería, considerando que seguro que en algún momento habría gente herida, y mientras discutían cómo harían las evacuaciones con helicóptero cuando estas hicieran falta, como si aquello fuese un trámite más, como si fuera parte del plan y no una dificultad. Obviando la hazaña. Dándola por segura.

Jonás estaba observándolos entre curioso y perplejo, manteniendo esa distancia precisa y suficiente que solía guardar ante la vida en general y ante las emociones en particular y que lo mantenía a salvo de zozobras, cuando de pronto alguien, uno, no recuerda cuál, volvió a mencionar la asfixia. Y lo hizo despacio, articulando cada letra, suspendiendo la palabra en el aire de tal modo que, como un taladro, la imagen de unos pulmones tratando de hincharse sin éxito bajo toneladas de mar atravesó su caparazón de hombre-salitre.

Y sintió cómo algo en su interior de mamífero se encogía.

Y aún seguía así, encogido, cuando llegó la hora de desembarcar.

Entonces pensó que seguramente iba a hacer falta algo más que todo aquel entusiasmo y poesía para que el viejo cascarón del *Titán* navegara sin recalentarse Mediterráneo arriba y abajo en busca de botes a la deriva; pensó en las ballenas que una vez supuso varadas en las playas de Alang, en cómo imaginaba a esos seres colosales tratando de respirar fuera del agua; pensó en los pulmones de la gente llenos de agua salada, como un árbol frondoso y líquido, y en los cuerpos agitados hundiéndose como piedras en la mar oscura.

Y fue entonces cuando decidió quedarse a bordo para acompañar a los muchachos, y no dejarlos a solas con su entusiasmo.

29
Conveniencia

Les estaba costando un dineral. Eran una naviera pequeña, apenas dos barcos de poco tonelaje haciendo transportes, y cada vez que se topaban con un barco a la deriva las cuentas se descuadraban. Desvíos en la ruta prevista, gastos de combustible, horas perdidas. Mucho dinero. Demasiado. Tanto que incluso hubo quien desde las oficinas sugirió que trataran de pasar de largo, de mirar hacia otro sitio y seguir la ruta, que por qué no dejarle el socorro a otro, pues a buen seguro pasarían más barcos en unas rutas tan transitadas como aquellas. Pero la tripulación se indignó, en pleno, dejando claro que en asuntos así no había espacio para la duda. La ley del mar es sagrada. Negar socorro está fuera de toda cuestión. Rescatas y eres rescatado. La ley se respeta y punto. No importa lo que ocurra después con las cuentas.

Pero no se trataba solo de rescatarlos, aminorar la máquina, lanzar el bote, abarloarlos, subirlos a bordo de uno en uno hasta contar, quién sabe, diez, cincuenta, cien, doscientos, que hasta ahí todo bien, hasta ahí el entusiasmo y la épica jugaban a favor. Es que luego tocaba asistirlos, y ahí venían los problemas, porque muchas veces, según el número de rescatados, tenían que cambiar la ruta y dirigirse a tierra, pues con el barco así, sobrecargado, no era seguro navegar, sobre todo si el tiempo no acompañaba. La mar es estricta en eso.

Y después lo que era peor: que cada vez era más difícil encontrar un puerto dispuesto a dejarlos desembarcar. Cosas que se decidían fuera del agua, pero que traían el problema de verdad: más días perdidos, con la cubierta llena de gente, con la comida escaseando, enterrando la épica y el entusiasmo iniciales bajo una montaña de frustración y hastío en los que

las ganas de acabar de una vez por todas el embarque y volver a casa a dormir en tierra firme se comían todo lo demás.

Y así, todo esto puesto en un saco, y sumado al dineral en días perdidos y combustible, había provocado que las grandes navieras ya hacía tiempo hubieran comenzado a cambiar de ruta y navegaran más al norte, lejos de la línea de cruce, lejos de ese lugar donde las probabilidades de encontrarte una embarcación maltrecha y atestada de personas eran lo suficientemente altas como para que mereciera la pena el rodeo, con su consiguiente gasto en combustible, a fin de evitar el tropiezo. Porque al final todo se reducía a eso. Negocios. Horas de mar que se medían en consumos, horas de puerto que no medían el descanso sino las tarifas de atraque. Combinaciones infinitas que se elaboraban siempre bajo el prisma de una misma y milenaria cuestión. La pasta.

A las grandes navieras enseguida les cuadraba el rodeo. Sus días perdidos salían demasiado caros y los números mandaban. Pero ellos eran una naviera pequeña y de momento se resistían a cambiar la ruta. Sus días perdidos seguían resultándoles más baratos que el incremento de combustible. Aunque de seguir así las cosas, con todos los barcos en retirada, quedándose solos en la franja de los naufragios como los únicos rescatadores posibles, los números dejarían de cuadrar y tendrían también que plegarse a los dictados del vil metal y subir hacia el norte, contribuyendo a que el jugarse la vida cruzando el mar en un malabarismo imposible fuera todavía más peligroso. La dama vulnerabilidad subiría su apuesta.

Pero ¿qué otra cosa podrían hacer? Eran una naviera pequeña y todo aquello les estaba costando un dineral.

30
Pretender

Le habían dicho que debía caminar, que si le dolían los huesos no era por el reuma, sino porque pasaba demasiado tiempo doblando el espinazo desenredando redes, y que debía caminar. Se lo había dicho su primo, al que a su vez se lo había dicho un amigo, al que un médico, en alguna ocasión y ante una dolencia semejante, le había dicho que debía caminar. La información médica se maneja así: lo que vale para uno vale para todos. Los diagnósticos se reparten como quien reparte pan. Los tratamientos también, sobre todo si han sido de éxito. En este caso el reparto no fue distinto.

En parte por hacerle caso a su primo, pero sobre todo porque la noche llamaba con su brisa templada y su luz de luna, el Mofeta, viendo que Najwa aún se demoraba con la cena, salió a dar un paseo por el sendero de la costa que de vez en cuando se perdía entre las rocas. Fue entonces cuando escuchó el ajetreo en la playa y los vio preparando los botes. Se trataba de los tipos que de un tiempo a esta parte veía rondar por el pueblo, casi todos de fuera. Gente esquiva, que no miraba de frente, de trato incómodo.

«Motores demasiado pequeños para unos botes tan grandes», fue lo primero que pensó. Algo no cuadraba y no terminaba de entender los porqués. No era la primera vez que le llamaba la atención lo mal que aquella gente hacía las cosas. O bien los que se afanaban en la playa eran de poco mar —por sus maneras no parecía ser el caso— o realmente no tenían ninguna intención de que aquellos botes llegaran a algún sitio. Desde luego no con esos motores.

¿Y adónde pensaban ir con tan poco combustible? Porque tan solo veía un par de garrafas. Ridículo. Apenas tendrían

para un puñado de millas. Eso si la mar estaba tranquila, que con tan poca gasolina, a poco que se levantara viento y la ola se picara, ni siquiera podrían salir del golfo. ¿Cómo podían estar pensando en mandar a nadie a navegar así?

Preguntas retóricas. Conocía las respuestas. Sabía bien a qué jugaba esa gente, del mismo modo que sabía bien que no solo no le correspondía a él, sino que era mejor mantenerse a una buena distancia, que podía resultar peligroso meterse en aquellos asuntos.

Aun así al Mofeta le gustaba aparentar sorpresa, como para sentirse ajeno a algo cuya familiaridad le incomodaba.

Jugando con su pretendida extrañeza como quien amasa pan, escupió antes de girar sobre sus huesos reumáticos y regresar por donde había venido.

La idea de un tazón caliente de lo que fuera que su mujer preparaba en el fuego le hizo aligerar el paso.

31
Mirar

El puente de mando de un barco quieto. El mejor lugar para que la cabeza se enroque. Bricio, desde su puesto en el barco de apoyo de la plataforma petrolífera, observa cada amanecer cómo a pocas millas, apenas un par, pasan ante él embarcaciones escasas, frágiles. Debe de ser que de tan poco equipadas como van, aún navegan a compás y usan la torre de la plataforma como referencia. Después, superada la marca, pondrán rumbo norte y se perderán en esa dirección.

Los observa con sus prismáticos y sabe que la precariedad con que navegan los coloca al borde del desastre, que viajan a bordo de un equilibrio imposible. Sabe que podría, debería, salir a buscarlos, pero no lo hace. No está en su mandato. No está navegando. El suyo es un barco de apoyo y su lugar está en la plataforma. No le corresponde asistir a nadie. Menos aún cuando —se refugia en el argumento— no ha escuchado ninguna petición de rescate, nadie ha pedido ayuda, no hay señales de alarma.

Pero claro que no hay petición de rescate, es demasiado pronto, y Bricio lo sabe. Sabe que en esa latitud nadie ha tirado la toalla todavía. A esta distancia aún todos, muchos, quieren pensar que podrán llegar a algún sitio. Que con la luz del día, suave, de amanecida, y con la mar en calma, uno es capaz de creer muchas cosas por improbables que parezcan. Y eso lo sabe bien Bricio, igual que sabe que dentro de unas horas, quizá ya anocheciendo, tal vez con la mar ya no tan mansa, quizá con el miedo venciendo al cansancio, escuchará en la radio las peticiones de ayuda de esa embarcación u otra similar. Aunque para entonces estarán en coordenadas que ya no le corresponderá asistir a él por ser demasiado lejanas.

Y todo esto lo sabe, pero se limita a ajustar los prismáticos para observarlos pasar, como quien observa el rizo de las olas.

32
Desconcierto

Tan solo lo cambiaron de sección. Podría haber sido mucho peor. Podrían haberlo mandado a una agencia menor, una de esas que ya no se relacionan automáticamente con el equipo ganador, una especie de subcontrata donde admiten a cualquiera y los galones y méritos dejan de ser un asunto a tener en cuenta. Pero no fue así, ni siquiera lo cambiaron de departamento, solo de sección. El teniente Bermúdez debería estar contento. Debería, pero se sentía humillado. Y es que los motivos del traslado los supo todo el mundo, atravesaron el edificio como si este fuera de espuma y se convirtieron en cuchicheos hirientes en los pasillos, en el descansillo de los ascensores, en la cola del comedor. Sabía que hablaban de él, sentía las miradas en la nuca, el murmurar, y siempre alguna risa de más, alguien incapaz de conservar la compostura. Las esperas en la fila a la hora de comer se le antojaban eternas.

Con el paso de los días, saberse el foco de la burla lo fue llevando a una actitud defensiva, en guardia, en permanente alerta ante cualquier traspiés ajeno. Como si sus errores pudieran diluirse en el mar de los desaciertos de otros. Una extraña manera de entender la responsabilidad que le funcionaba a más de uno.

Pero precisamente por ese exceso de celo le costaba tolerar la ligereza de ciertas decisiones. Porque Bermúdez sabía que, desde hacía tiempo, a su antigua mesa de análisis llegaba información sobre barcos a la deriva, embarcaciones maltrechas cargadas de personas que huyendo intentaban llegar a Europa. Sabía con certeza que en la mesa tendrían registradas sus rutas, sus posiciones de GPS, que tendrían el detalle de cuáles eran las zonas donde se producían los

naufragios, y que no hacía falta mucho análisis para, cruzando un par de datos, concluir que se trataba de una franja no solo definida, sino previsible. Que en cualquier carta náutica se podría dibujar el lugar del Mediterráneo en el que convenía abrir bien los ojos.

Sin embargo el teniente Bermúdez, a pesar de lo evidente, sabía que la información no pasaba de allí. No había ni siquiera un amago de escalarla a un nivel donde se pudiera tomar alguna medida. Se limitaban a archivar todo en la carpeta de «información de contexto». ¿Contexto? Imaginaba a todas aquellas personas a bordo, imaginaba sus pies fríos, su congoja, y no entendía cómo encajaban en la carpeta de «contexto».

Por otro lado, sabía que en el Mediterráneo había un despliegue de operaciones de rescate errando el tiro, patrullando donde no había problemas —quizás el error no era tal—, y no entendía por qué no se desplazaban más operativos a la zona de los naufragios, a ese agujero que la indiferencia de todas las partes estaba dejando dibujado con unos límites trazados casi a escuadra: los traficantes mandando embarcaciones a su suerte con el combustible tan escaso que los botes apenas podrían alejarse de la costa libia; los diversos operativos de control de fronteras, con sus despliegues insuficientes, de apenas unas millas alrededor de sus costas porque lo que ocurriera más allá había dejado de incumbirles; y, por último, los buques de todo pelaje escapando, navegando cada vez más al norte, evitando una ruta que sabían problemática. Primero las grandes navieras, que probablemente por eso son grandes, porque saben anticipar y porque no hay espacio para el escrúpulo. Después los buques pequeños.

Nadie quería pasar cerca de aquel agujero. En el lugar de los naufragios no había nadie. Solo aquellos barcos frágiles llenos de gente con los pies fríos.

Pero entonces, si era tan evidente que la información se estaba manejando mal, que alguien estaba errando en el análisis, si las decisiones eran tan equivocadas, ¿por qué eso no le costaba a nadie una lluvia de burlas en la cola de la

cafetería? ¿Por qué al único al que habían cambiado de sección era a él?

Seis
Derivas

33
Zozobra

Habían hablado de mucho y por eso cometió el error de asumir que todo estaba planeado y previsto. El lugar que tenía que ocupar cada uno de ellos durante las maniobras; los movimientos y las líneas invisibles que se deberían trazar en el agua para decidir la posición exacta de los botes durante los rescates; las variaciones que podía sufrir el escenario según lo picada que estuviese la mar o enloquecido el viento, según fuese de día o de noche, según hubiese o no luna.

Después también discutieron sobre los tipos de embarcaciones, y aquí sí lo hicieron con vehemencia, hasta acalorarse. Porque no era lo mismo prepararse para rescatar a un montón de personas que viajaran hacinadas en un maltrecho bote hinchable, con las piernas empapadas en esa mezcla de agua y combustible que quema la piel y dificulta el caminar, que rescatarlas de un barco de madera. Pues aunque este pudiera parecer mejor opción, lo más probable es que tuviera dos tipos de pasaje —y nunca deja de sorprender la presencia de jerarquías en la miseria—: uno en la cubierta de superficie, expuesto a la intemperie pero bien aireado, y otro más económico, abajo. Una ratonera al lado del motor, donde si respirar ya era difícil en condiciones normales, cuánto más si además había que compartir el aire con tanta alma boqueando. Una cubierta inferior, donde si te desvanecías por culpa del humo y caías al suelo, era probable que nadie se percatara de que te quedabas atrás en el momento del rescate. Por eso, justo ahí, llegados a este punto de la explicación, los muchachos insistían en la importancia de no olvidar entrar a inspeccionar cada rincón de la embarcación una vez que todo el mundo estuviera a salvo. Porque en esas situaciones es difícil hacer

recuentos y más difícil todavía echar de menos a alguien con quien nadie cuenta.

Y sí, habían hablado de todo eso, durante horas, de todos los escenarios posibles. Situaciones. Desgarros. Lo habían previsto todo, y por eso Jonás pensaba que estaban listos. ¡Y lo estaban! Tan listos que casi fue un regocijo cuando, echados a la mar, divisaron por vez primera una patera atestada de almas quebrando la línea del horizonte. Como si aquello fuera el broche perfecto a su pequeña odisea. Qué paradoja.

Pero precisamente en ese sentirse listo para casi todo estuvo su perplejidad, su consternación. Porque a pesar de haber hablado tanto, y de creerse tan preparado, a Jonás nadie le había contado que no solo se trataba de llevar a cabo unas maniobras de rescate impecables, de relojero; no solo había que hacer cuadrar como un rompecabezas la fuerza del viento, la altura de la ola y la dirección de la proa; es que además, una vez acabada la parte más técnica y marinera del asunto —esa en la que él se sentía tan holgado—, estarían las personas.

Porque nadie había acertado a contarle que, en el fondo de todo aquello, solo estaban las personas, y que él no podría mantenerse al margen, que tendría que recibirlas.

Tendría que tender la mano a toda aquella gente asustada para ayudarles a subir a bordo. Tendría que sentir sus manos frías aferrándose a su mano encallecida de hombre de mar como quien se agarra a una promesa, haciéndole zozobrar.

Pero ¿por qué nadie le había hablado de esa zozobra? ¿Por qué nadie le había contado? Sí, de eso estaba seguro, nadie le había contado que se le iba a quebrar la voz —esa voz aguardentosa de barítono— al izar a bordo con sus propias manos a aquellos muchachos y tener que decirles a todos, uno por uno, como si cada vez fuera la primera, «bienvenido a bordo, chaval, ahora estás a salvo».

Pero es que no fue capaz. No pudo ni pronunciar «chaval». Se le rompió la voz. Y estaba seguro, muy seguro, de que nadie le había avisado de que algo así podría ocurrirle. Ni de eso ni de que se le iba a seguir quebrando, cada vez que le tocara repetirlo, una y mil veces, en cada rescate, con cada una de las personas que ayudaba a embarcar y que le hacían dudar de

cuál era el extremo frágil de aquella cadena.

Repetir la bienvenida, a modo de mantra, como gasolina para huir de su zozobra.

Pero ¿por qué?, ¿por qué después de tanto preparativo nadie, ninguno de aquellos muchachos, le había contado que las manos de alguien que lleva en el agua tanto tiempo, ateridas de frío y de olor a combustible, pueden resultar tan cálidas? ¿Por qué nadie le había contado que salvarle la vida a alguien puede ser como un cuchillo que te abre en canal y te deja expuesto a tu vulnerabilidad?

34
Nombres

Quisieron ponerle otro nombre, pero la capitana se negó, pues todo el mundo sabe que cambiarle el nombre a un barco da mala suerte, y que en la mar con esas cosas es mejor no jugar. No es cuestión de creer en supersticiones, se trata de hechos más que probados. Y además, ¿qué tenía de malo *Titán*? Eran los días previos a la partida, aún en puerto, aguardando permisos y abastecimientos, y las discusiones eran juegos de palabras que llenaban la espera.

—Suena pretencioso. Un mal punto de arranque. No va con el espíritu de la operación —decía uno.

—¿Cómo el espíritu? —decía otro.

—Un titán es lo que menos necesitamos. Nos sobran grandilocuencias. Hacen falta caminos quebrados, atajar, saber encontrar los resquicios. A las bravas no tenemos nada que hacer. Nos aplastarán.

Un argumento con el que no todos estaban de acuerdo. Muchos de los muchachos reclamaban su derecho a plantar cara por el puro placer de erguirse, Ansiaban la parte de combate que tenía todo aquello. Buscar carreteras secundarias en lugar de ir a las bravas podría ser más inteligente, pero no permitía disfrutar de la batalla cuando era esa idea precisamente la que los había llevado hasta ahí. El romanticismo les impedía aceptar el lado más pragmático del asunto porque no se trataba solo de obtener resultados, también estaba el modo, el enfrentamiento como una pieza importante. Pero incluso estos, los seducidos por la épica, reclamaban el cambio de nombre. «Titán» no representaba el carácter. Tampoco el destino.

—Hace falta un nombre con más poesía —decían.

—Algo que inspire… Como «Ítaca», tal vez.

—Pero ¿Ítaca no sería su regresar a casa? —E Ítaca, en el purismo literario, quedaba descartado.

—¿«Tenaz»? —Y Tenaz no levantaba oposición. Quizá, podría ser. *Tenaz*.

Y así las discusiones llenaron la hora del café durante varios días, pero no fue más que un hablar por hablar porque la capitana lo tenía muy claro. Nadie iba a cambiarle el nombre al barco. Menos aún en su primer mando.

Cuando por fin zarparon, hechos al *Titán* todos los arreglos para adaptarlo a su nueva misión, no se volvió a hablar del asunto.

35
Claudicar

Apenas lleva un mes a bordo, pero aquella zozobra de su primer rescate a Jonás se le antoja ya lejana. Desde entonces han sido muchas noches vigilando el radar; muchas madrugadas donde apenas una sombra, una intuición de bote rompiendo el horizonte, ponía a toda la tripulación en pie a ritmo de zafarrancho, cada uno en su lugar, todos dispuestos. Tantas maniobras impecables, de relojero, con cada pieza en su sitio. Y después, tanta gente a bordo, tantos recibimientos, tantas historias —casi todas desgarros—, tantos caldos repartidos para entonar el cuerpo, tantas mantas calientes y tantos pies fríos.

Hace ya casi un mes que los días son una sucesión de esto con poco espacio para nada más. Pero a Jonás ya no se le quiebra la voz. Se ha ido haciendo al oficio de tender la mano. Al placer de dormir profundo.

Al principio le costó, quiso endurecerse, tratar de no escuchar, de no pensar. Esforzarse por no mantener las miradas, intentar fijar la vista al frente, como cuando obedecía instrucciones y aun desaprobándolas prefería pensar que él no era más que un eslabón, como lo había sido tantas y tantas veces a lo largo de su vida, igual que cuando dejó tirado a Dilip y al resto en Suez.

Pero el juego de endurecerse aquí no le había funcionado porque siempre alguien terminaba por tocarlo, por ponerle una mano encima, removerle la piel. Y entonces todo su castillo se venía abajo y volvía a sentir esa congoja que le quebraba la voz. Molesta, inoportuna, incapacitante, cuestionando su dureza de hombre de mar.

Porque dicen que el salitre hace duros a los hombres, les

crea una corteza, un saber estar, y Jonás aún quería creer que eso era así.

Pero con el barco tan lleno de gente resultaba difícil mantener la mirada al frente sin tropezarse con los ojos de alguien. No era fácil andar todo el día con la coraza puesta y tratando de mantener la zozobra lejos. Así que poco a poco, sin saber bien cómo, se fue dejando empapar del alrededor, como un calar de lluvia fina.

Dejar de resistirse, abandonar el afán de dureza, convertirse en algo esponjoso, quebrar la corteza. Dejarse en paz. ¿Por qué nadie le había explicado que esa era la clave, el modo de bailar con todo aquello?

Ahora todo se ha vuelto más sencillo, las dificultades casi rutinas, también incluso las discusiones con los guardacostas; los problemas para que les asignen puerto de desembarco; las negativas de algunas capitanías a hacerlo pese a que teniendo rescatados a bordo se vulneraban las leyes del mar; el verse obligados a seguir navegando millas al norte, hasta el abrigo siguiente, con el barco sobrecargado de almas cansadas. Todo se lleva mejor si te conviertes en algo esponjoso por dentro.

La capitana, Marcela, aún no ha descubierto las claves y todo parece indignarla. Pelea, aprieta los dientes y empuja su enfado. Después llora cuando cree que nadie la ve.

Es de las que tienen esa necesidad de enfrentarse, de partirse la cara por algo.

Una madrugada en el puente, en ese espacio para las confidencias que da la luz atenuada y ese silencio que parece que sujeta, trató de explicárselo a Jonás.

—Es para que las cosas tengan sentido.

—…

—Buscas una buena razón, algo que proteger y después te plantas allí. Pones el pecho… dispuesto a que te lo revienten. Es cargarte de sentido convirtiéndote en un escudo, como algo atávico, de especie cuidándose… No sé. Como sentir un calor de manada y tú, al frente. Cuidar de lo menudo. De lo más frágil.

Mirando ese brillo en sus ojos al hablar, ese convencimiento de Marcela de tener entre las manos una buena razón, Jonás

pensó en las hembras con sus cachorros, con su razón de ser entre las piernas. Con todas las otras prioridades diluidas. Irrelevantes. Creyó ver una semejanza en ese afán de proteger.

—Como todos estos —dijo la capitana señalando a los chavales de la tripulación que con la amanecida se habían levantado y comenzaban a afanarse en la cubierta.

—…

—¿Qué crees que hacen? Lo mismo. No lo saben, pero hacen lo mismo. Buscan esa buena razón para que les revienten el pecho a ellos también.

—Igual deberían tener un hijo —ironizó.

—Marchan a los lugares más remotos para plantar la cara por gente que no conocen, que no comprenden, que siempre les serán ajenos… Es una pulsión.

Jonás los miró y trato de imaginar ese afán debajo de la piel de aquellos muchachos que parecían querer comerse el mundo, pero no fue capaz de entenderlo.

Entonces pensó que él no quería ser el escudo de nadie. Que él no había sentido nunca aquella pulsión. Que no quería que nadie le reventara el pecho. Que él solo había tenido un momento de furia en el que decidió no bajar más la cabeza, y de pronto se vio embarcado en esta deriva, abierto en canal, vulnerable. Pero nada de todo aquello estaba previsto. Menos aún buscado.

Iba a contestar cuando vio acercarse al puente al muchacho que caminaba a zancadas y a la capitana inclinarse sobre la carta náutica en un esfuerzo por sumergirse en los cálculos de la ruta. Pensó que era mejor dejar aquí la conversación y bajó a la máquina a ver si todo estaba en orden.

36
Ignorar

Sabe que cada cual ha de ocuparse de sus asuntos y que estos no le corresponden, que solo le toca esperar, pero cada tarde hay muchos que reciben palos, nunca se saben bien los porqués. A veces son cosas nimias, difícil de predecir las chispas que pueden encender la furia de los tipos brutales, pero cualquier excusa parece buena para empezar a golpear. Con él y Ranjit suelen pasar de largo. Quizá porque saben que ya han pagado todo su pasaje y por eso los respetan. O quizá por su color de piel. Porque por una vez su piel los coloca por encima de alguien. Cuanto más oscuros, más palos. Los subsaharianos se llevan la peor parte.

Y a Dilip le gustaría pensar que los palos también le duelen a él, pero lo cierto es que no. Los observa incómodo, eso sí, porque la violencia, cuando es de cerca, siempre molesta, pero desearía que todo acabara, o que ocurriera en otra estancia. No estar ahí para no tener que mirar hacia otro lado. Porque sabe que esas cosas pasan, pero ¿qué puede hacer él? Mejor no verlo y convertir la espera en algo más monótono, más previsible.

Hay un tipo que llora, cada noche llora. Llorar también es un talento. No todo el mundo es capaz, aunque razones para llorar aquí abundan, pero a veces no resulta fácil. Tampoco sirve para mucho, y esa es una certeza bien aprendida. Dilip no recuerda la última vez que lloró. Cierto que él ha pagado su pasaje y solo tiene que esperar.

37
Absurdos

Estaban detenidos. Inexplicablemente. El barco parado, la misión a la espera, y la tripulación tratando de resignarse a la demora. Al parecer, habían sido acusados de no separar bien la basura. ¿Cómo? Sí, parece que en el contenedor de los residuos orgánicos las autoridades portuarias habían encontrado algún plástico, o quizás había sido en el de plástico donde habían encontrado algo de papel. ¿Cómo?¿De verdad ese era el motivo? Daba igual. No podía ser más ridículo. Además, de todos era sabido que en este puerto no se reciclaba nada, que después de bajar los contenedores de basura, bien ordenados y clasificados, vendrían los operarios del puerto y se lo llevarían todo en un solo contenedor común, como una burla al esfuerzo. ¿Cómo los iban a detener por eso? Pues así fue, multa, y quince días de arresto.

Y es que los rescates habían dejado de ser convenientes. Al principio parecía que las autoridades agradecían el empeño, en parte por la épica, en parte por la novedad. Eso de que hubiera ONG que fletaban barcos para ayudar con los naufragios. Gente echando una mano a gente y toda la poesía que eso encierra. Claro que al buen recibimiento también ayudaba el desborde de los guardacostas, su pantalla del centro de coordinación de rescates de Roma convertida en un jardín donde cualquier mano era bienvenida. Diversas razones que hicieron que al principio todo fueran buenas palabras y facilidades. Todo el mundo parecía remar en la misma dirección. Un espejismo de dignidad. Un orgullo que llenaba el pecho de sentido de pertenencia a un continente que no ofrecía con frecuencia ese placer.

Pero de pronto los números de rescatados, que «comienzan

a ser excesivos», dijeron, hicieron saltar las alarmas en los despachos; votantes disgustados empezaron a hacer temblar las sillas de algunos y la demagogia barata —¿es que la hay de otro tipo?— hizo su irrupción ensombreciendo y dejando de lado lo inspirador que tenían todas aquellas historias de resistencia, de no bajar los brazos. Esas demostraciones de fuerza inquebrantable del que sabe que el camino es siempre hacia delante y que solo queda levantarse una y otra vez.

Y de pronto los rescates dejaron de ser bienvenidos. De pronto era mejor dejar que el mar inmisericorde se ocupara de hacer el trabajo sucio. Que «así se desanimarán y dejarán de cruzar», dijeron. Como si el que se lanza al mar en una patera improbable no hubiera barajado antes cualquier otra opción; como si no fueran todos plenamente conscientes de que se estaban jugando la vida; como si fuera todo una decisión tomada tras un ejercicio frívolo de escoger opciones. Como si las hubiera.

«Mejor que no haya nadie rescatando», decidieron. «Así se cerrará el grifo y con él el problema.» Y si no es así no importa porque siempre quedará la opción de apoyar a los que sí que con certeza van a hacer bien el trabajo sucio: los llamados «guardacostas» libios, aunque todo el mundo supiera que no eran tales, que solo eran grupos armados diversos, repartidos por el litoral, en pugna por el control del negocio y del territorio. Gente sin escrúpulos que a buen seguro mantendrían la costa a raya, que lo que hicieran luego con los rescatados era algo que ya no entraba en la ecuación. Porque convertir el mar en frontera tiene un precio. Como todo.

No era mala solución, pero como diluir el problema llevaba su tiempo, en la espera, había que neutralizar a los muchachos entusiastas del *Titán;* pues mejor que no hubiera nadie presenciando el desamparo; mejor despejar la zona y que los barcos de rescate dejaran de ser incómodos testigos del abandono. De la infamia.

Pero puestos a buscar el modo de quitarlos de en medio, tocaba ser muy ladino y hallar un motivo lo más lejos posible del motivo real, porque detener un barco de rescate por hacer

rescates solo podría terminar en el bochorno de alguno. Así que primero intentaron acusarlos de estar conchabados con las mafias —algo que no se creyeron ni los más ingenuos— para después pasar a hurgar en las trabas burocráticas, en la dificultad de los papeleos, en la gestión de residuos… Y esta última pensaron que podría ser una buena razón, por lo alejada que estaba de la razón verdadera. Y aunque la idea no podía ser más ridícula, así quedó. Detenidos por mezclar el plástico con el papel. Multa y quince días de arresto.

Y así, mientras el *Titán* y su tripulación esperan en puerto a cumplir la condena, sabiendo que cada vez hay menos posibilidades de que alguien te rescate si navegas a la deriva en el agujero del Mediterráneo, Jonás se pregunta qué pasa ahora con la congoja que te provocan las manos de alguien cuando te aprietan las tuyas como si fueras una promesa. Qué pasa con ese calor. Qué pasa con los pies fríos.

Que cómo se hace para dormir con tanta perplejidad.

38
Higiene

Las decisiones perturbadoras siempre se tomaban temprano. Por lo menos las que competían a ese ministerio. Una regla no escrita que seguían desde hacía ya años y que resultaba muy conveniente. Cuestión de higiene mental, decían. Y es que, después de años de disposiciones turbias, quedaba bien aprendido que la hora a la que se tomaban jugaba un papel nada desdeñable. Lo decidido después de comer quitaba el sueño; lo decidido antes quedaría sepultado bajo un montón de menesteres y una sensación de día largo y productivo. Las contradicciones bien tapadas. Cuestión de higiene.

Por eso, bajo esa premisa, todo lo que tenía que ver con el Mediterráneo se agendaba temprano. Cualquier cosa que tuviera que ver con la «crisis» —la «crisis» les gustaba llamarlo — era mejor enterrarla bajo un montón de otros asuntos, del mismo modo que se había extendido la costumbre de no firmar esas medidas con nombres propios sino bajo un diluyente membrete institucional. La grandilocuencia siempre es buena para esconder desnudeces morales. Allí abundaban.

Sí, sin duda era mejor tomar esas decisiones después del cruasán y antes del ruido.

Porque darle tratamiento de frontera aséptica a una franja de agua inmensa en la que a diario naufragaban cientos de almas era una decisión, cuanto menos, perturbadora. Un ejercicio de cinismo complicado que era mejor llevar a cabo bien temprano, a esa hora en la que los argumentos todavía se podían mantener en pie con interesantes despliegues retóricos, pues luego, con el cansancio del día, los malabarismos dialécticos eran más difíciles de sostener.

Porque con el cansancio dejas de creerte tus propias

patrañas. Con el cansancio siempre te acabas dando alcance.

Ese desposeer a las fronteras de su condición de puente para convertirlas en barreras. Reducirlas a líneas, a veces trazadas a escuadra, como aquellos de Berlín que se repartieron un continente llevándose por delante toda una historia de mosaicos tribales, étnicos, culturales. Trazar formas concretas en un mapa, cuanto más absurdamente geométricas mejor, sobre las que es más sencillo aplicar términos legales, dirimir responsabilidades, establecer criterios que te permiten estar a un lado u otro. Y después hablar sobre los derechos, como si la disposición de cada cual respecto a las líneas trazadas no fuese una cuestión de puro azar. Mantenerse a salvo en el plano de los datos concretos, las soluciones concretas, pero cuidado con otorgar a las fronteras su condición de puente, de nexo, porque como a alguien se le ocurra habitarlas, poblarlas de almas que transitan, entonces estarán perdidos, entonces ya no podrán atrincherase en la retórica de un tratado de despacho; ya no se podrá solucionar la cuestión con un cartabón y una escuadra de madera sobre un mapa en disputa; ya no se podrá cerrar el asunto con un carpetazo y dedicarse a otras importancias.

Por eso hay que ser muy cuidadoso con todo esto y, sobre todo, tener muy claro que los asuntos de fronteras hay que tratarlos por la mañana, cuando todo resulta menos perturbador.

Siete
La fragilidad

39
Caligrafía

Corría el rumor de que zarparían al amanecer. Y escribía. Sobre la ropa. Era un muchacho que no tendría más de quince años y escribía, su nombre y una dirección, con un esmero que resultaba conmovedor. Tenía esa letra cuidada que tienen los que, más que escribir, dibujan las palabras. Ese trazo que es casi una bandera. El respeto que ponen en la caligrafía aquellos para los que escribir es un puente entre dos mundos. «Letra de abuela», dicen, que para algunas de ellas puede que fuera solo una cuestión de estética y de hacer las cosas, todas, con celo, como se hacían antes, pero para otras esa dedicación era como el principio de algo grande, el esmero puesto al adentrarse en otro mundo. La forma de echar a volar.

El muchacho terminó y el que estaba a su lado le pidió el rotulador para repetir el ritual: trazar con pulcritud una dirección, un nombre, un teléfono. Dos teléfonos, dos nombres. La ceremonia se prolongó durante un buen rato. Dilip observaba cómo el rotulador, de pronto tan deseado, pasaba de mano en mano. Y así, como si fuese un reguero de pólvora húmedo y perezoso, todos fueron dejando en su ropa claves para que se pudiera seguir su rastro. Por si acaso, por si la mar te llevaba pero luego tenía la misericordia de lanzar tu cuerpo a una orilla. Para que el que te encontrara, y recogiera lo que quedase de ti pudiera llamar, escribir, avisar en casa. Aunque la llamada resultara un desgarro, aunque con ella el mundo se detuviera por unos segundos para llenarse de sal. Pero es que no hay nada peor que quedarse toda la vida esperando. Que sin duda es mejor saber, aunque duela, que vivir pendiente de una llamada que nunca llegará. La vida en pausa, y ya para siempre.

Después de varias vueltas el rotulador acabó en la mano de Dilip. Se lo ofrecieron y no supo cómo rechazarlo. Pero pensó que no quería escribir un teléfono en unos pantalones desgastados. Pensó que no era eso lo que había imaginado cuando en Suez, aún perplejo a causa del desembarco, había decidido acompañar a Ranjit en su aventura. La posibilidad de que alguien encontrara su cuerpo comido por los cangrejos no era algo que hubiera contemplado. ¿Quién contempla nunca esa posibilidad? Pero por cortesía y por ocupar su turno de rotulador comenzó a dibujarse la ropa, y sin saber bien de dónde venía, una ballena fue tomando forma. Dilip se quedó mirándola, curioso. Una ballena cansada, pensó. Nadando sobre su cansancio, pensó. Se acordó entonces de las historias sobre ballenas varadas que le contaba Jonás, y recordándolo a él no pudo dejar de recordar su cara cuando lo desembarcó en Suez. El cómo, balbuceando, no fue capaz de mirarlo a los ojos. Esa perplejidad atravesándolos a todos cuando lo vieron zarpar. Esa decepción.

Terminó de dibujar la ballena y uno de los chavales con los que compartía techo le ofreció su pernera para que le dibujara una a él también. Mientras la trazaba imaginó su historia. Un cuento deslavazado, sin nudo ni desenlace, inconexo y absurdo. Uno de ballenas que discuten si vararse o no, cada una con un argumento diferente. Un cuento que hablaba del cansancio como la sensación que atravesaba la manada —¿se dirá «manada» cuando se habla de ballenas?—. «Eran tres ballenas. Nadaban sobre su cansancio.» Pero ¿qué coño de cuento era ese?

Ranjit lo vio dibujando y le preguntó:

—¿Es impermeable?

—¿El qué? —a Dilip muchas veces le costaba interpretar a su compañero.

—El rotulador, ¿escribe impermeable?

—No lo sé. Supongo.

—Deberíamos escribirnos el teléfono en el pecho, que eso seguro que no lo perdemos.

Dilip miró a Ranjit perplejo. Él no estaba preparado para frivolizar así con la idea de la muerte.

40
Insomnio

El Mofeta sabía que no era asunto suyo. Que las cosas pasan, a veces a tu alrededor, pero que cada cual tiene que ocuparse de lo suyo. Sabía que aquellos tipos no se andaban con bromas y que el menor gesto podía ser malinterpretado. Es más, que por defecto y con certeza iba a ser malinterpretado. Que las normas escritas con sangre aquí eran las únicas válidas, que cualquier otro tipo de argumento no tendría cabida y que se desharía como se deshacen los rastros en el lodo.

Pero es que esta vez, durante su paseo nocturno, no solo había visto las lanchas con sus motores maltrechos y sus pocas probabilidades de navegar, esta vez también los había visto a ellos, esperando en la playa. Un grupo dispar, hombres, mujeres, niños, mirando nerviosos cómo les aparejaban las barcas, sin tener la certeza de si finalmente los embarcarían a todos. Porque para algunos no era la primera vez y ya sabían que no todos los que esperaban en la arena acabarían teniendo su sitio. Solía ser así. Los tipos brutales llevaban un grupo grande a la playa y los iban subiendo poco a poco hasta que el buen sentido de alguno decidía parar y no subir a nadie más. Que una cosa era jugar al límite y sobrecargar los botes y otra que estos no consiguieran pasar de la rompiente, pues entonces tocaría volver a empezar, y eso era no solo tiempo, también dinero. Más allá del cansancio.

El Mofeta se había quedado observando desde la distancia y los había visto cuando se precipitaron a los botes tratando cada uno de hacerse un sitio a bordo. Esa desesperación en su modo de aferrarse unos a otros y a la barca que le hizo menear la cabeza como un reproche mientras caminaba de vuelta a casa.

Sabía que no llegarían lejos. Ese motor escaso no podría con

el peso de tantos. Se recalentaría y acabaría con el combustible en unas pocas millas, con seguridad menos de las necesarias para llegar a la zona en la que quizá pudieran rescatarlos. El Mofeta sabía que las posibilidades de aquella gente eran ínfimas, por no decir ninguna.

Con la noche bien entrada, dando vueltas en la cama, incapaz de atrapar el sueño entre el calor y la cabeza que no le daban tregua, decidió bajar al muelle a preparar el aparejo para el día siguiente. Un material viejo que empezaba a ser un problema, pues el salitre se estaba comiendo las plomadas y, con ellas picadas, las redes se enredaban de más. Ese tesón de la mar por irse llevando todo, a ritmo de ola, poco a poco, puliendo.

Afanado en la tarea trató de volver a repetirse una vez más que uno no debe meterse en los asuntos de otros, pero en su cabeza combinó mal esa idea de la mar y su salitre comiéndoselo todo, con la oscuridad de la noche y el frío que sentía en los pies, y decidió salir a buscarlos.

Arrancó el barco con la dificultad de tener que hacerlo solo, navegó unas cuantas millas y los encontró mar adentro, con la deriva adueñándose de la situación. El motor del bote ya exhausto, apenas un renqueo. El frío en los rostros, el miedo. El miedo siempre con la misma cara, esa perplejidad que acompaña al descubrimiento de que morir puede resultar algo tan prosaico.

El Mofeta sabía que en aquella latitud las posibilidades de ser rescatados eran mínimas, que hacía ya mucho tiempo que por ahí no pasaban barcos. Estaban demasiado al sur, fuera de las rutas transitadas. Sabía que lo más probable era que la mar y el salitre acabarían con ellos. Eso si algún otro grupo de traficantes o de «guardacostas» no los cogían de vuelta y los devolvían a la casilla de salida. Que el negocio también tenía mucho de eso, de volver a exprimir de nuevo los limones que dejan otros. Y así vuelta a empezar, volver a tener que pagar un nuevo pasaje. Vuelta a la lluvia de palos.

O también podía ser que a la larga, y si la mar hacía su trabajo, en algún momento él acabara pescando sus cuerpos. Esta última idea le vino a la cabeza al mismo tiempo que les

lanzaba un cabo para remolcarlos, como si la idea de estar pescándolos ahora fuera un modo de evitar tener más adelante que desenredarlos de sus redes mezclados con las doradas. Amarró el cabo en el cabrestante que usaba para izar el aparejo, aminoró la marcha todo lo que su motor le permitió y puso rumbo norte. Cuando estuvieron más allá de las cuarenta millas soltó el cabo, pese a las protestas y las súplicas de todos, y se alejó. Lanzó sus redes al agua a modo de atrezo para adornar la coartada, aun a sabiendas de que cualquiera podría adivinar que hacían falta muchas más manos para poder pescar con ese aparejo, se tomó su tiempo para armar un cigarro y se dispuso a esperar.

Empezaba a amanecer cuando divisó en la distancia un barco, quizás un carguero, quizás un barco de rescate, que avistaba la patera y cambiaba el rumbo para aproximarse. El Mofeta entonces recogió sus redes, encendió de nuevo el motor y puso rumbo a tierra.

El sol caía a plomo en el muelle cuando se metió en la cama.

Najwa picaba cebolla en la cocina. Cuando lo escuchó acostarse acompasó el ritmo con el que el cuchillo golpeaba sobre la madera. El repique hizo las veces de nana.

Mustafá durmió hasta mediodía, un sueño largo y sin fantasmas.

41
Tango

Solo recordaba el sonido del motor, como una agonía, esperando que no se detuviera en cada estornudo de humo, pendiente de que continuara con ese ritmo renqueante. Sabía que si quería podía trocear en su cabeza aquellos sonidos, imaginar las piezas del motor de modo individual en su ajetreo y anticipar así las claudicaciones de cada una de ellas, pero desechaba la idea porque también sabía que en la mar a veces es mejor no pensar demasiado. Mejor concentrarse en el ritmo del motor, entrar en la cadencia, en el compás de dos por cuatro, como en el tango, y convertirlo en una plegaria. Dilip sabía que mientras que siguiera al ritmo todo iría bien.

Y por eso no recordaba apenas que al poco de zarpar los habían atacado. Los tirotearon. Algunos de los tipos eran los mismos que los vigilaban en la «casa de espera». Parece que hubo alguien que había embarcado sin que le correspondiera, sin haber pagado todo lo que debía. Así que les dispararon, a todos, no solo al de las deudas. Unas cuantas ráfagas, desde lejos, solo para dejar las cosas claras, porque luego todo se sabe, y si la hazaña sale bien y escapas y lo cuentas, todos después pueden querer intentar ese tipo de proezas económicas, y eso no se puede permitir, porque cualquier brecha, por pequeña que sea, puede acabar rompiendo el cántaro de la leche. Así que los tirotearon, un poco por tirotear, sin apuntar, dejando que el azar jugara sus cartas. Varias vueltas alrededor del bote, varias ráfagas y se marcharon. Pero en la dejadez de los disparos un chaval que había pagado bien su pasaje y que no tenía nada que ver con la trifulca se llevó una de las balas perdidas, como suele ocurrir en estos casos.

Y aunque Dilip no recordaba demasiado bien los detalles, sí recordaba que, a pesar del alboroto que se formó a bordo y que a punto estuvo de hacerlos zozobrar, el motor seguía impasible a ritmo de dos por cuatro. Como en el tango.

El chaval murió. Pasó un rato sangrando sobre los demás y murió. Uno de sus compañeros de viaje le cogió el móvil y lo guardó. Otro se quedó mirando el mar, sujetándose la cabeza con las dos manos, marcando los tendones de sus dedos fibrosos, como si pudiera estrujarse la congoja, pero al rato, más sereno, se inclinó sobre él, le registró los bolsillos, sacó sus papeles y se los guardó. Apuntó también el número de teléfono que llevaba tatuado en la ropa. No eran amigos, solo compañeros de viaje, pero alguien tendría que informar.

A veces el pie a tierra es muy escaso.

Después lo tiraron por la borda y siguieron.

Dilip prefería no recordar eso tampoco. Al muchacho no lo conocía. La primera vez que lo vio fue ya embarcando en la playa, pero no lo recordaba de la «casa de espera». En aquella playa había muchas caras nuevas. Supuso que era de otra casa y dejó ahí su esfuerzo por hacer memoria.

Sin embargo sí recordó cómo se quedó durante horas mirando la ballena que se había dibujado en los pantalones, pensando que quizá también debería haber escrito en ellos su nombre y su dirección, como los demás.

42
Avidez

Transcurridos los quince días del arresto los dejaron salir, a la espera de encontrar una nueva excusa con la que retenerlos, y el *Titán* puso rumbo sur como único destino posible.

Jonás, como un tigre enjaulado, salía de la sala de máquinas y subía al puente, una y otra vez, para desde allí otear el horizonte. Buscaba señales en el radar, con avidez, como si por poner más ambición en hacer un rescate se pudieran recuperar los días perdidos, como si la mar pudiera entrar en pausa los días en que se está lejos. Más aún, como si pretendiera que el tiempo antes de su llegada a aquellas aguas no hubiera existido y el contador se hubiera puesto a cero el día que el *Titán* comenzó con los rescates, el día que aquel vergonzoso júbilo —ahora le resulta embarazoso recordarlo— los invadió al ver a su primera patera.

Ese espejismo del que de pronto decide poner el pecho y lanzarse al agua imaginando que solo su tiempo es el que cuenta, porque si suma sus logros a la lista de muertos infinita que esconde la mar, parece que lo logrado es menos.

Como si se pudieran obviar los miles de muertos que había ya bajo el agua; como si no fueran a seguir muriendo una vez que todo aquel despliegue desapareciera. Esa ilusión del rescatador. Esa magia de sentirse pieza clave.

Jonás aún estaba reconociéndose.

43
Rescate

La mar, picada, era un chisporroteo de olas y reflejos, con la patera como una sombra apareciendo y desapareciendo en cada golpe de mar, en las subidas y bajadas del *Titán,* como si aquello fuese el tiempo de ensayo de un prestidigitador, con el truco a medias, aún sin perfeccionar, sin conseguir que el conejo se esfumara de forma sorprendente y definitiva. Después, a medida que se fueron aproximando, el truco fue a menos, hasta tenerlos cerca y poder ver los rostros, los cuerpos de todos ellos tan juntos que parecían ser uno solo.

Jonás reconoció a Dilip enseguida a pesar de que su presencia allí era todo menos probable. Y qué curioso, porque es bien sabido que la cabeza suele elegir entre las opciones posibles y de algún modo, involuntario, tiende a descartar cualquier cosa que no esté prevista. Y Dilip no estaba previsto, no tenía que estar ahí, pero aun así a Jonás le bastó un vistazo para distinguirlo entre el resto. Porque era cierto que él lo había dejado tirado en Suez, pero a pesar de todo a salvo, con un plan de retorno, un trabajo, el camino de vuelta trazado. O eso fue lo que entonces quiso pensar. Creer. Convencerse. Diversas fórmulas que servían para sentirse mejor y que a veces funcionaban. Y por eso no tenía sentido que ahora el chaval estuviera a bordo de ese bote imposible, coqueteando con el naufragio y la asfixia.

Pero más allá de la sorpresa, más allá de tener que asumir que los movimientos de los peones a veces provocan tormentas inesperadas, que las cosas siguen su curso aun cuando dejamos de mirar, lo que a Jonás le costó fue imaginar qué grieta se había abierto en la cabeza de alguien como Dilip, un tipo de mar que sabría con exactitud lo que se podía o no esperar de la

clemencia de Poseidón, para pensar que la idea de llegar a Europa en aquel bote maltrecho podía ser una opción a valorar.

La certeza de que Dilip no podía haber considerado en ningún momento que aquello era una buena idea, y el verlo a bordo, compartiendo ese espacio frágil con todas aquellas almas a la deriva, fue lo que hizo estallar algo en la cabeza de Jonás, hasta ese momento convencido de que todas las personas que rescataban, ateridas de frío y de tantas cosas, se lanzaban al mar, a esa travesía improbable, como resultado de una combinación de desconocimiento y osadía. Como si la osadía fuese siempre algo opcional.

Porque hasta entonces Jonás pensaba que si esa gente hubiera sabido lo que realmente les esperaba, sus pocas probabilidades de éxito, nunca lo habrían intentado. Por eso ver ahora a Dilip entre ellos le desmontaba su castillo de naipes, pues si él estaba en el bote a pesar de la mar que llevaba a las espaldas, quizá muchos otros también estaban del mismo modo: conscientes del peligro, de la dimensión de la aventura, pero allí a pesar de todo.

Tratar de imaginar los motivos de elegir un camino tan incierto aun sabiendo el riesgo le hizo sentir todavía más desconcertado.

Abarloaron el bote y comenzó el ritual. Pero al subir a Dilip a bordo no le dijo nada. No fue capaz.

Dilip abrazó a Jonás como quien abraza la tierra.

Ocho
Erguirse

44
Vigilados

Hacía tiempo que las cosas se habían puesto difíciles, pero algo más definitivo ha debido de ocurrir, porque los argumentos, hasta ahora válidos, de pronto han dejado de funcionar. Como tampoco funciona ya la insistencia, esa constancia de martillo pilón que acaba abriendo grietas en el cansancio de cualquiera, más aún en el de los que no andan muy convencidos de lo que predican.

Nada. Se ve que no hay manera. La respuesta ha pasado a ser, previsible y obstinadamente, la misma. «No hay puerto.» La idea de que el barco vaya atestado de almas y que en esas condiciones les resulte peligroso navegar no parece pesar en absoluto en las instrucciones que reciben: «Manténganse fuera de las millas territoriales». ¿Cómo? Pero si eso no se le pide nunca a ningún barco civil, todo el mundo lo sabe, ese es un trato que se dispensa solo a embarcaciones hostiles, a piratas de sable entre los dientes. Y ellos no lo son. Aunque, bien pensado, puede que no sea tan difícil acabar convertido en uno: bastaría con que les retiraran la bandera, como hicieron con aquella otra organización que se dedicaba a hacer lo mismo que ellos: rescates.

Parece que aquella gente le resultaba incómoda. También la querían fuera de la foto. Y les quitaron la bandera sin mediar demasiadas explicaciones, para que de ondear algo solo les quedara la opción de que fuera el trapo con el par de tibias y la calavera.

—¿Cómo que les retiraron la bandera? ¿Eso se puede hacer?

A Jonás aún le costaba entender que este era un juego con otras reglas donde cabía casi todo.

—Se hizo.

Y es que entre todos les buscaron, más bien les *construyeron,* un puñado de irregularidades, y entonces a Panamá no le quedó otra que quitarles la bandera, que la «conveniencia» es un negocio demasiado rentable como para ponerlo en juego por un asunto menor. Uno de ONG confundidas en sus responsabilidades; que por qué tienen que andar ellos recogiendo gente del agua; que para qué si no están los guardacostas; que qué sería lo que habrían leído estos muchachos para andar tan confundidos.

Con todo, son muchos días ya escuchando que no. Que no hay puerto. Que se alejen. Muchos días esforzándose en pensar que una vez más es solo cuestión de esperar, de insistir. De creer que al final a base de eso, de no bajar los brazos, se acabarán abriendo resquicios por los que colarse.

Pero de momento, nada. De momento toca seguir, con toda esa gente a bordo, navegando en ese mar que al menos —y también de momento— está siendo clemente y únicamente los mece.

En cubierta la espera se mide con distintas varas. El muchacho que camina a zancadas sonríe. Siempre sonríe. Como quien guarda un secreto.

45
Medirse

Jonás, aburrido en el puente, juega a coquetear con las distancias, con las millas territoriales que las autoridades no les dejan traspasar. Líneas ilusorias —como casi todas las fronteras— pero que en este caso delimitan los márgenes de la partida. Se dedica a entrar y salir de ellas como quien mete un pie en agua caliente, tanteando hasta dónde es capaz de aguantar, midiéndose —siempre ese afán de medirse—, contando el tiempo que tardan los guardacostas en detectar la transgresión. A veces transcurren un par de horas, a veces apenas minutos, hasta que se escucha en la radio una voz ligeramente irritada. «*Titán,* está entrando en aguas territoriales y no tiene permiso, aléjese, por favor.» ¡Semejante anomalía! ¿Desde cuándo un barco civil necesita permiso para entrar en aguas territoriales? Tantos años en la mar y nunca había visto una cosa así. Regulaciones a medida. ¡Qué barbaridad! Pero está claro que los tienen vigilados. En todo momento.

Culpa del AIS y de esa señal constante que emite y te ubica en la carta. Con él te vigilan, siguen tus trayectorias, y con ellas intuyen los porqués de tus movimientos. En realidad hasta un niño podría interpretarte: un barco que durante horas da tumbos, errático; luego un trazo recto, una pausa larga y a continuación rumbo norte con una derrota decidida… Eso solo puede ser un rescate, o tal vez una huida de algo. Una trayectoria recta, sin vacilaciones, quiere decir que se acabaron las discusiones, que hay una buena razón para escapar o una buena razón para intentar llegar.

Y así están, vigilados, en todo momento. Pero si el AIS es el perro sabueso, ¿por qué no apagarlo? Sería tan fácil

desaparecer… Y Jonás también a veces juega a eso. De nuevo solo un coqueteo, un medirse con timidez, otra vez como quien mete el pie en agua caliente. Porque si se apaga el aparato, te detectan como desaparecido y eso genera los mismos problemas, las mismas llamadas al orden, el mismo nerviosismo en el puesto de control.

El AIS es lo que hay detrás de la imposibilidad de desaparecer. También la razón por la que no te puedes aproximar a ningún puerto para tratar de forzar la apuesta; entrar a las bravas y obligar a las autoridades a pronunciarse en su negativa de acoger, pero esta vez con un montón de gente en cubierta, lo que convertiría el mismo rechazo en algo indecente. Y es que decidir sobre determinados asuntos siempre resulta más fácil cuando están solo sobre papel, y lejos.

Y de ahí la idea de doblar el envite para ayudar a abrir la senda. Pero con el AIS activo es imposible acercarse: están demasiado vigilados y enseguida se produce el despliegue de medidas de contención. Lo único que pueden hacer es esperar a que la balanza se incline, o quizás a que las maniobras de despacho les den un respiro, se abran esas brechas.

Con todo, aun sabiendo de su poco margen, Jonás juega a encender y apagar el aparato, a cronometrar lo que tardan las autoridades en llamar por radio pidiéndoles la posición porque, de alguna manera, eso le da una idea de la intensidad del aliento que tienen sobre su nuc < a, del tiempo que están dedicando a vigilarlos, del mucho o poco miedo que dan. Que a veces le parece que no es tanto, porque tardan horas en llamarlos al orden, pero otras veces apenas pasan pocos minutos y ya está la radio bramando: «Revise su sistema de identificación. Verifique su posición».

Y de nuevo las dudas porque ¿desde cuándo hay obligación de dar tu posición en aguas internacionales?, ¿y quién decide qué en esas aguas de nadie? ¿Con qué derecho este despliegue de autoridad? No importa. Más vale identificarse. Uno tiene que saber elegir las batallas, y Jonás es de los que ha pasado la vida eligiendo pocas.

También a veces apaga el AIS no por comprobar los tiempos

de respuesta, no por verificar nada. Hay momentos en que lo apaga solo por molestar. Una especie de coqueteo con su ilusión de ser capaz de plantarse frente a la autoridad. Una rebeldía en cantidades homeopáticas que, sin embargo, le hace sentirse mejor.

No es el primero de sus asuntos pendientes a los que, enfrentándose con este tipo de dosis, consigue adormecer.

46
Matices

Fue una pequeña variación lo que inclinó la balanza y empezó a perfilar el desastre. La pendiente de la curva ganó apenas un grado, quizá menos, una pequeña oscilación, eso fue todo, y la gráfica de las tendencias pasó de despertar solo curiosidad, como la ilustración de algo que ocurría en los márgenes, a ser observada con preocupación, como se observa un embrión de problema. Un huevo a punto de eclosionar.

Y es que, en cuestión de pendientes, medio grado es un matiz que puede provocar cambios sustanciales. Lo saben bien los ciclistas, acostumbrados a ellas. Vas subiendo, dueño de tu hazaña, con el esfuerzo atragantándote el aliento pero sabiendo que cuentas con el margen justo para poder seguir y, de pronto, apenas una fracción de grado de más en la pendiente inapropiada y pasas del «poder» al «no poder». Traspasas una línea invisible, ese matiz. Y entonces te toca hincar el pie a tierra, bajar las orejas, empujar la bici. Domar la arrogancia o al menos posponerla, dejarla para más tarde, cuando la cuesta ceda.

Una fracción de grado. Un indicio. Como en tantas otras circunstancias, pequeñas variaciones cambiando la esencia de la cuestión. Esa elevación en la comisura de una boca, la justa, ni más ni menos, torciendo esa sonrisa de un modo tan magnético que te desordena el día, que hace que no seas capaz de sacártela de la cabeza, y a partir de ahí ya a todas horas, persiguiéndote como una suerte, o una maldición. O ese cambio en la forma de mirar que de pronto convierte lo que era una conversación inocente en una amenaza, y el espacio donde hasta hace unos instantes conversabas de banalidades, en la guarida del lobo.

Pequeñas variaciones. Matices que captan los que saben de su importancia. El ciclista lo percibe en las piernas, viéndolo venir, sabiendo que de la siguiente curva no pasará, que tendrá que empujar. El político fino también lo capta, apenas un vistazo a una gráfica y ya detecta ese aumento de pendiente en la curva inapropiada, y entonces sabe que hay que soltar la dinamita, dar un puñetazo, tomar decisiones que corran e incendien las redes, porque va a ser necesario que se sepa que al mando hay una mano dura con la que no se juega.

Aunque no hubiera nadie jugando, aunque nadie tuviera ninguna intención de hacerlo.

Y es entonces cuando de todo lo dicho, nada. Se acabó el asunto de acoger, de rescatar, de dar techo. Se acabó.

Como si fuera algo elegible y no tan solo cumplir con las normas, sus propias normas. Pero es que la legalidad, cuando hay que aplicarla fuera de las fronteras, siempre se convierte en algo moldeable, dúctil, capaz de aguantar muchos golpes sin llegar a quebrarse. Que con la distancia y tanta agua de por medio se puede echar la culpa de lo que ocurre a cuestiones abstractas, maldiciones bíblicas, cualquier cosa.

Pero en el ejercicio siempre es importante no olvidar diluir a las personas, pues a buen seguro supondrá una dificultad que impedirá poder centrarse en lo importante. Esa pendiente. Ese matiz.

47
Ruido

La situación estaba durando ya muchos días y el problema no parecía avanzar. En tierra otro montón de muchachos entusiastas se habían hecho eco del bloqueo y recogían firmas, gritaban, hacían pancartas. Las redes ardían en sus incendios controlados. Los escuchaban los de siempre, a cada uno los suyos. El ruido no pasaba de ahí.

La falta de soluciones, el pretender que era tolerable dejar en manos de Poseidón el destino de tantos, el mantener en alta mar un barco cargado hasta sus límites, muy por encima de lo que cualquier norma de seguridad permitiría, no parecía pesar en el argumentario. Que la comida empezara a escasear tampoco. «Los reabasteceremos», dijeron, y con eso quedó zanjado el asunto.

La capitana se desgañitaba en la radio y amenazaba con entrar a puerto sin permiso. Los guardacostas no se alteraban, intuían que era un órdago. Las licencias de capitán no se consiguen en un sorteo y entrar sin permiso significaría perderla. Los guardacostas llevaban ya meses aprendiendo a leer el entrelineado de los indignados. Y aunque la capitana fantaseaba con ser algo más que ruido, el vértigo la frenaba. Que una cosa es meter un pie en el agua caliente y otra zambullirse sabiendo que nada te va a salvar de la escaldadura.

Aun así, de vez en cuando subía al puente y lanzaba un SOS, más que nada por mantener la cuerda tensa, para recordar que estaban en peligro, molestar. SOS: «salvad nuestras almas». ¿Las almas de quién?

Por la noche, con el muchacho que caminaba a zancadas compartiendo el catre estrecho de su camarote, la capitana recuerda que el tiempo también se detiene cuando un cuerpo

caliente te abraza.

48
Ligereza

Era una ligereza que esponjaba el cuerpo. Una sensación de liviandad que tapaba el dolor sordo de las heridas mal curadas, las cicatrices a medias, el ancla a tierra. La convicción de que el camino restante sería de rodar fácil. Que fuera lo que fuera lo que les deparaba el destino, la certeza de haber dejado atrás la oscuridad sería una suerte de gasolina mágica, quizás incombustible. Y por eso toda aquella gente recién rescatada dormía así, profundo y en negro. Y ya no como los delfines, como hacían antes, dejando la mitad del cerebro en alerta para poder estar pendiente de las cosas que no quieres que sucedan mientras duermes. Y es que aunque sean ya muchos días a la deriva, aunque todo sea incertidumbre —¿acaso no siempre es así?—, una vez que la idea de ser devueltos a Libia no está en la lista de posibilidades, queda poco que temer. Y por eso el cuerpo de algunos se esponja. No de todos, que hay quien no consigue desprenderse del todo de ese recelo, pegado a los huesos como una melaza vieja. Demasiadas las cosas que les han enseñado a respirar sobre una amenaza.

La tripulación del *Titán* en cambio anda muy inquieta. Su tolerancia a la incertidumbre es mucho menor. Será la poca costumbre y ese tener el umbral de catástrofe tan bajo que desborda fácil.

La capitana deambula por el barco con un exceso de rotundidad, los gestos casi impostados. Hay gente que demuestra así su enfado, su malestar. Para hacer patente el afán de resistencia hace falta confrontar, tener con quién discutir, y la capitana lo busca a través de sus movimientos, de su brusquedad, aunque el enemigo no esté aquí. Por eso

camina con contundencia, y no da portazos porque en los barcos no se dan portazos, que si no, también.

En cubierta la espera trascurre a otro ritmo.

Un grupo de mujeres se trenzan el pelo unas a otras.

Un canto en lingala se mezcla con el murmullo de la mar.

49
Trenzas

Marcela se trenza el pelo con los ojos cerrados. Con los dedos ágiles de un movimiento aprendido ya no recuerda cuándo, quizás heredado, pues se trenza igual que hacía su abuela, y su bisabuela, a la que apenas había conocido, pero que aun así se encontraba en aquel deslizar de sus dedos. Como si los automatismos también dejaran su impronta en el ADN y aquella misma trenza llevara en su familia cientos de años. Qué tontería. Pero más allá del desvarío genético, hoy en cubierta, con el día tan duro de viento, el pelo bien recogido es, más que una estética, una necesidad.

Mientras sus dedos entrelazan el cabello piensa en lo mucho que le gusta hacer cosas con los ojos cerrados; en cómo disfruta de los automatismos que le permiten abstraerse y dejar vagar la cabeza. En cómo cortocircuitando el cuerpo con la cabeza, obviando la mirada que define, las cosas quedan en un plano más interesante, más sugerente, antes de fijarse en una imagen siempre reduccionista. Es como dejar bailar al cuerpo con su memoria. Como cuando escribes o dibujas solo en la cabeza y ahí todo es posible, las historias un océano, los dibujos aire y luz, hasta que viene el papel, o el lienzo, lo concreto con sus recortes y sus mediocridades.

A ella le gustan los automatismos. Le gusta hacer los nudos marineros deprisa y sin mirar, de espaldas o debajo del agua, respirando despacio, dibujándolos en la cabeza y dejando que las manos operen con la soltura del saber hacer.

Le gusta cuando las secuencias de acontecimientos toman las riendas, el no tener que pensar, dejar que las cosas fluyan y reducir su papel a un mero afinar el rumbo con pequeños golpes de timón.

Igual que le gustaría que alguien le quitara la responsabilidad de tener que buscar soluciones a esta situación que está resultando no solo demasiado larga, sino tan fuera de lo previsto.

50
Tiempo

El tiempo nos atraviesa y cae en la cuadrícula de los días. Días como cajas de tiempo, historias que empiezan y acaban. Algunas, muchas, monótonas, repetidas hasta la exasperación, esperando que llegue la noche y acaben, que las tape un velo de sueño o, en su defecto, el sonido esperado del camión de la basura que da salida a un nuevo día. A una nueva oportunidad.

Pero la mar es diferente. En la mar todo es más líquido, el curso de las cosas también. Los días no tienen cuadrícula, el paso del tiempo lo mide la Luna, el ritmo de la ola según venga al frenesí o a la calma, las voces amortiguadas conforme te toque hacer guardia de día o de noche. Todo eso y la forma de estar, que hace que para algunos las esperas sean eternas mientras que para otros apenas resulten una pausa.

Depende de cómo te dejes mecer.

Por eso mientras la tripulación se agita, los rescatados, en cubierta, esperan, tranquilos.

Jonás, pensando en el contraste, recuerda los días de tormenta cuando navegaba en los mares del norte. Golpes de luz. Apenas segundos en la memoria concentrando varios días de zarandearse entre las olas, altas como montañas; con el capitán avisando de que la alarma de hombre al agua quedaba desactivada, de que si caías quedabas a tu suerte porque ya nadie iba a intentar arriar un bote de rescate para buscarte, pues entonces serían dos y no uno los que se tragaría la mar. Y cómo entonces salías a cubierta en esa certeza de que no iba a haber segundas oportunidades, con el pecho cerrado para respirar lo justo, como si se pudiera sujetar el miedo, y los puños prietos para agarrarse a cada cabo, sabiendo que tus manos habían dejado de ser manos para convertirse en garras,

de acero, de las que no contemplan soltarse. De las que nunca te dejarían caer.

Como también recuerda que era otra garra la que de pronto se ensañaba con el estómago, cuando el barco escoraba tanto que parecía que iba a dar una vuelta de campana, y esos segundos hasta que venía la siguiente ola del tamaño suficiente como para adrizarlo de nuevo. Esos segundos en los que el universo estaba patas arriba y el corazón parado como una piedra, reservando el latido para evitar que fuera el agua en los pulmones la que se encargara de detener el mundo.

Una noche de tormenta es eso en la memoria. Toda una noche contenida en un chispazo de luz, y el tiempo seco, breve, como una bofetada.

Y sin embargo, ahora la espera, al menos para la tripulación, no son días, es la eternidad.

Y los días van pasando sin que pase nada.

51
Trucos

—Son esos putos satélites —dijo Marcela pretendiéndose iracunda—. Nos tienen controlados, no hay modo de engañarlos. —Mostraba su disgusto ante el marcaje. Colocar el énfasis en algo externo le ayudaba a mantener el espejismo de pensar que si seguían a la deriva con aquel barco atestado de almas no era en absoluto por una cuestión de docilidad suya, sino que se debía a imponderables que escapaban de su control. Con el AIS los tenían vigilados en todo momento. Una foto en tiempo real de sus movimientos. Imposible improvisar.

Pero Marcela, dando unas justificaciones que nadie le había pedido, en su hablar atropellado dijo varias veces la palabra «engaño» y de pronto algo comenzó a resonar en la cabeza de Jonás: ¿cómo que no se podía engañar al satélite? ¿Por qué? Él lo había hecho en Libia durante años y de forma repetida, moviendo todos aquellos barcos de flota fantasma para ofrecer cada madrugada a su público, esos notables analistas de inteligencia, la fotografía de una nueva farsa. ¿Por qué no volver a intentar la hazaña? Cierto que entonces todo era más puntual, fotos fijas, sin trayectorias. Y el estar lejos, las distancias, aún una cuestión de peso, no como ahora que el mundo se había hecho tan pequeño y estas habían perdido su condición aisladora. Y también cierto que entonces solo había que mantener el engaño durante un lapso breve de tiempo, el justo para que el satélite hiciera su foto, y que ahora el engaño tenía que ser dinámico, en tiempo real, pero ¿por qué no? ¿Por qué no intentarlo? Aunque solo fuera para tratar de desprenderse de esa docilidad que le estaba resultando tan molesta.

—Tenemos que deshacernos de él. De ese puto AIS —le

espetó a la capitana.

—No se puede apagar. Nos están siguiendo. Se darían cuenta. —Marcela se aferraba a su pragmatismo.

—No digo apagarlo, pero podemos dejarlo flotando. Largarlo con una boya.

—No es mala idea. Pero parecería que el barco se queda quieto. Terminarían dándose cuenta.

Marcela y sus cautelas no conseguían desalentar a Jonás.

—Bueno, pues si no es una boya, habrá que ir más allá… Habrá que hacerlo navegar.

Y al decirlo Jonás ensayó una sonrisa. Volvería a jugar con el encantamiento de los caparazones vacíos, el mismo truco de la chistera tantos años después, aunque esta vez iba a ser él el artífice, él el que convocara al público antes de sacar el conejo.

Sintió como si cientos de hormigas comenzaran a trepar por sus piernas

Como si el cuerpo se desperezara.

Se fue a dormir con la cabeza llena de ideas sobre artilugios posibles con los que hacer navegar el AIS, esperando al día siguiente tener las cosas más claras.

52
Transgredir

Transgredir es una necesidad. Todos la tenemos, unos más que otros. Algunos lo hacen en cuestiones mayores, a veces hasta carcelarias, pero la mayoría tan solo en cosas pequeñas: más sal de la cuenta en la comida a pesar de la recomendación del médico, el paquete de tabaco prohibido escondido en el hueco del manzano, ese amor que no toca, que no puede ser, pero que te resistes a dejar marchar aunque solo tenga ya sitio en tu cabeza.

Un gen de especie inconforme que hay a quien le basta con aplicar a asuntos puntuales, momentos de furia, pero que otros llevan marcado a fuego, como manera de estar en el mundo, como principio innegociable durante toda su vida y hasta el final, incluso cuando ya la vida casi cree que te ha derrotado y lo único que puedes hacer son cosas menores, como echar la sal prohibida directamente en tu plato para que los comensales —esa familia que se preocupa tanto por ti que han decidido comer todos sin sal—, coman todos soso menos tú. Aunque ya no seas capaz ni de calcular la artimaña y tu guiso quede incomible. Pues no se trata tanto de la sal como de no obedecer, de resistir hasta el último aliento. Porque si nunca has aceptado que nadie te diga cómo tienes que vivir, mucho menos te van a venir a explicar ahora cuándo y cómo te tienes que morir.

Transgredir como una reafirmación, como una resistencia.

Jonás, repasando en su cabeza, constató que nunca había transgredido de verdad en nada. Había trabajado para los infractores una y otra vez, con obstinación, pero siempre desde la obediencia y con un esmero en sus tareas que resultaba

patético. Ese absurdo afán por no fallar, aunque fuera a unos tipos que estaban fallándole a todo el mundo, y con porfía. Lo había hecho en los barcos fantasmas de Gadafi, en los desguaces de Alang, y en cada uno de los oficios que a lo largo de su vida le tocó desempeñar. Y ahora con el salvamento volvía a hacerlo. Rescataba gente, pero siempre dentro de la norma, respetando cada una de las cortapisas que el sistema le ponía por delante. Obediente. Aguantando paciente a la máquina de un barco atestado de gente cansada, dando tumbos al ritmo de los caprichos de quién sabe quién.

Iba a cumplir sesenta y dos años y nunca había hecho de verdad una buena fechoría. Y observando a todos aquellos tipos hacinados en la cubierta, su valor, su resistencia, los cojones cuadrados que debían tener para lanzarse al agua en aquel bote maltrecho, trató de imaginarse a sí mismo en una situación semejant, pero no fue capaz.

Entonces, enredado en el esfuerzo, su mirada se detuvo en Dilip, que en ese momento ayudaba a uno de los marineros a ajustar un toldo que el viento estaba desgarrando y pensó que su presencia allí era directamente el resultado de su sumisión, del no haber sabido plantarse, de su incapacidad para alzar la voz cuando de verdad había tenido que alzarla. Y maldijo su docilidad. La maldijo una y mil veces.

Pero las maldiciones no ayudaron a que se sintiera mejor.

Y es que nos enseñan mal, en desorden. Primero habría que aprender a cuestionárselo todo y ya después a obedecer. Porque, si no, acabas obedeciendo a quien no lo merece.

53
Pruebas

La primera idea fue utilizar el bote auxiliar de «hombre al agua». Pensaron en colocar la antena, la emisora de VHS, una batería y la caja del AIS, todo junto y bien trincado con cabos a la banqueta. También habría que poner un depósito grande de combustible y dejar el motor a medio gas, fijada la caña a la vía para mantener el rumbo. Pero luego cayeron en la cuenta de que con el motor sobresaliendo por fuera del bote los radares lo detectarían y se destaparía el pastel.

Mejor ponerlo todo en una embarcación que navegara a vela, sin motor, a salvo de los radares. Una vela cuadra, igual que las de los vikingos: dos palos en cruz y un paño, como aquellos barcos de cáscara de nuez de la infancia de tantos, y el viento empujando.

Así hicieron, y una vez terminado el apaño y bien pertrechado el bote, lo echaron al agua, para probar. Desde el puente se veía que derivaba un poco, a sotavento. Nada importante, nadie se daría cuenta. Jonás sabía que quienes vigilaban desde un centro de control a muchos kilómetros de distancia no percibirían el viento, solo el movimiento. Por lo demás, seguro que, salvo que les tocara en suerte algún maniático, no se darían cuenta de que en las páginas de tráfico marítimo había un remolcador que no aparecía en la pantalla del radar. Que había que ser muy fino o tener mucho tiempo libre para andar cotejando estas cosas de un modo sano.

Una vez comprobado que el bote de cáscara de nuez navegaba y que al hacerlo se llevaba con él la señal del AIS, y con él el problema, lo sacaron del agua a la espera de atar el resto de los cabos.

Ya tenían el conejo listo. Ahora tocaba escoger bien el

momento apropiado para sacarlo de la chistera.

54
Desdoblarse

Desdoblarse es siempre una sensación extraña. Pensar en todas las vidas que no has tenido, imaginar las encrucijadas y pensar en qué es lo que hubiera ocurrido de haber tomado otro sendero. En cómo las distintas proporciones de tripas o cabeza puestas en la toma de decisiones podrían haber cambiado las cosas. Todas esas vidas posibles que entonces eran tan tuyas como la que tienes hoy, pero que sin embargo ya no te pertenecen. Una sensación extraña. Esa imposibilidad como la constatación del paso del tiempo. El no poder ser ya astronauta, lanzador de jabalina, explorador polar, o quién sabe qué sinfín de alternativas, aunque en realidad nunca hubieras pasado por esas bifurcaciones, nunca hubiera estado nada de todo aquello en tu lista de planes, de sueños.

Qué más da. Poco importa. Ya no puedes. Eso es el tiempo. Eso es la vida. La finitud. La constatación de los límites. Dejar atrás la edad en la que el tiempo es infinito, en la que los bordes no existen, en la que todo cabe en la elasticidad del futuro y su absoluta falta de contornos.

A Jonás ver al *Titán* —y por tanto a él mismo— desdoblado en la página de tráfico marítimo, verlo dibujado en unas coordenadas que no correspondían con su posición real, le pareció por un momento un ejercicio de metafísica barata. Pensó que algunas veces la hierba le había producido un efecto parecido. Ese poder observarse con distancia, como si fuera otro el que hablaba y deambulaba, el que se equivocaba tanto en la jugada. El que se llevaba una vez más los gestos de desaprobación, los comentarios. Que «eso son cosas de chavales», que «parece mentira a tu edad». Y una vez más el paso del tiempo decidiendo el prisma desde el que ser

observado. La lectura de la realidad.

El bote con el AIS alejándose de un modo definitivo daba por concluida la primera parte del plan. Porque por fin tenían un plan: los iban a dejar en tierra. Se dirigían a una cala aislada y lo suficientemente profunda como para permitirles hacer un desembarco. Después, una vez allí, los muchachos entusiastas que desde tierra firme hacía semanas se desgañitaban en las redes sociales les aseguraron que se ocuparían de hacer el resto. Y es que hasta el plan más descabellado necesita de un cierto orden. Múltiples ángulos. Fases de ejecución. Elementos diversos. Los muchachos del ruido en tierra se convirtieron, para ellos, en el complemento perfecto.

Jonás, mientras veía alejarse al AIS convertido en el señuelo, mientras contemplaba cómo se perdía entre las olas, se preguntó quién sería quién en el juego de artificios. Y de pronto pensó que quizá no estaba mal del todo la idea de poder enviar a otro a ocuparse de tus miserias mientras tú observas en la distancia.

Porque a veces no está tan mal ese poder desdoblarse, ese poder bañarse de extrañeza.

55
Imprevistos

El lugar elegido era una manga de arena larga y sin rompientes, sin escolleras. Sería un desembarco sencillo, aun sabiendo que no contaban con el bote salvavidas, que había quedado millas atrás a la deriva, convertido en señuelo. Una franja de costa amable, un lugar fácil donde todo el mundo podría saltar y después nadar suave hasta la orilla.

Hacía varias horas que el AIS flotaba en su deriva de cascarón de nuez y aún no se había recibido ninguna llamada de los guardacostas. Nadie los seguía, parecía que por ahora nadie los echaba en falta. El truco estaba funcionando. Habían desaparecido. El *Titán* se había vuelto invisible.

Apenas estaban ya a una milla de distancia de la costa cuando Jonás llamó a Dilip al puente para explicarle el plan. Habían esperado hasta el último minuto pensando que sembrar la inquietud entre el pasaje antes de que fuera absolutamente necesario podría jugar en contra, pues el exceso de entusiasmo a veces precipita, pero había llegado el momento de compartirlo: se acercarían a la costa lo más posible y, en cuanto se hallaran a la distancia adecuada, saltarían al agua por la popa. Todos. No habría chalecos salvavidas suficientes, claro que ¿quién lleva trescientos chalecos a bordo? Aunque, por otra parte, ¿quién lleva a bordo a trescientas personas más de lo permitido? Pero no sería difícil, solo tendrían que nadar los últimos metros. La mar estaba mansa, no habría peligro.

El concepto de peligro, siempre tan escurridizo.

Jonás le pidió a Dilip que bajara a cubierta y le explicara a la gente todo eso, y que el agua estaría tibia, también que en tierra los esperaban. Estaba todo organizado. La mar, amaneciendo como un charco de aceite, parecía estar

mostrando su deseo de volver a ser un puente y no una barrera.

Pero es que la arquitectura del mundo es la arquitectura de cada cual. Las obviedades nunca lo son de un modo general, sino solo para aquel al que le resuenan de más. Cada uno crece en su propio universo en la ilusión de que es un universo común. Con el foco estrecho, la mirada corta. Y solo en los momentos cruciales se percata de las diferencias. ¿Nadar?, ¿solo unos metros?

Qué idea descabellada.

Dilip miraba a Jonás perplejo, como si no pudiera creer que de verdad no se hubiera planteado lo absurdo de proponer algo así.

—¿Cómo que nadar? ¿Cuántas personas crees que saben nadar? Apenas será un puñado.

Y Jonás asombrado.

—¿Qué? Pero si se subieron a un bote que navegaba al borde del naufragio.

Y de nuevo una mirada de Dilip basta para avergonzarlo.

Nada solo el que ha sido un crío con la mar como juguete, el que ha tenido un abrigo de puerto donde aprender. El resto ¿para qué? ¿Para qué meterse en un mar que ruge si no es para buscar comida? Ni siquiera todos los pescadores nadan. De la gente de tierra adentro mejor ni hablar. ¿Y nadar para sortear los naufragios? ¿Qué utilidad podría tener algo así? Mejor hundirse deprisa, con eficacia.

El desembarco a nado era un bonito plan, épico, cinematográfico, pero sin duda digno de gente que mea en agua potable.

—No me jodas, Dilip. ¿Y ahora qué hacemos?

A Dilip no le hizo falta decir nada para que Jonás se revolviera incómodo.

56
Balanzas

Mientras la capitana recorría el puente nerviosa, en cubierta la tripulación improvisaba contra reloj una embarcación de fortuna para bajar a tierra a toda aquella gente, una vez confirmado que no había manera de desembarcarlos a nado. La urgencia los apuraba. Estaban en tiempo de descuento hasta que en el centro de coordinación los descubrieran. Porque seguro que tarde o temprano alguno de los tipos que los vigilaban con celo se daría cuenta del señuelo del AIS a la deriva, de la patraña.

Y es que «patraña» era probablemente la palabra que mejor definía aquel montaje —una patraña de dimensiones bíblicas, pensó Marcela, pero patraña a fin de cuentas—, aunque de momento estaba funcionando, y por eso tenían que aprovechar y desembarcar a la gente cuanto antes. Porque también sabían que el que todo estuviera listo en tierra, el que todo cuadrara, se había debido a una serie de azares y coincidencias de última hora que no sería fácil repetir. Los planes con muchos ángulos tienen eso, requieren, más allá de una buena organización, de una buena dosis de alineación cósmica.

Y por eso Marcela sentía que no podían dejar escapar la oportunidad.

O quizá sí, tal vez estaban yendo ya demasiado lejos. Quizá deberían plantearse que ese era un juego que les venía grande. Desembarcando de aquella manera, violando todas las regulaciones, dejarían de ser solo alborotadores, activistas dentro de lo aceptable, para comenzar a cruzar las líneas rojas. Demasiadas. Iban a cambiar de liga, de lo poético a lo carcelario, y puede que no lo hubieran sopesado bien.

El cambio de planes y la demora le estaba dejando a

Marcela demasiado espacio para pensar y eso no siempre es bueno. Que la osadía suele tener tiempos marcados, definidos, y después de darle un par de vueltas en la cabeza es una pulsión que tiende a acabar enfriándose. Así que, si quieres que te haga volar, cuando la sientes aparecer hay que darle fuelle y salida lo antes posible, encaramarse a ella y dejarse llevar, salvo que lo que pretendas sea sentir el vértigo de caminar sobre el filo sin pagar sus consecuencias.

Marcela estaba jugando con esas ideas, metiendo osadía y prudencia en la balanza, a ver hacia dónde se inclinaba, cuando un aviso por la radio la sacó de su ensoñación. «Por favor, identifíquese.» Eran guardacostas locales. Y, por supuesto, era de esperar, les comunicaban que estaban demasiado cerca de la costa. Un buque así, a distancia de encallada, llamaba la atención.

Cómo no lo habían tenido en cuenta, se maldijo. Tan preocupados como habían estado por el centro de control, se habían olvidado de los guardacostas locales. Una vez más los asuntos menores marcando el compás.

Jonás entró en el puente para informar sobre los trabajos en cubierta: la embarcación de fortuna aún tardaría un rato en estar lista. Después, con ella podrían en varios turnos bajar a todo el mundo a tierra. Marcela le interrumpió:

—Se acabó. Los guardacostas vienen hacia aquí. Les ha llamado la atención nuestra posición. Piensan que hemos encallado o que estamos a punto de hacerlo.

Jonás se revolvió.

—Todavía tenemos tiempo. El bote está casi listo.

Marcela ya había decidido tirar la toalla.

—En nada estarán aquí. Se acabó. Deberíamos volver a alta mar para evitar problemas. Van a darse cuenta de que no llevamos el AIS a bordo. Van a darse cuenta de todo. Zarpamos en unos minutos. Hay que ir a recuperar el AIS. Avisa a la tripulación.

Jonás, en un movimiento automático del que está acostumbrado a obedecer, escuchó las órdenes de la capitana y bajó a la sala de máquinas a preparar los motores.

La balanza de la osadía y la prudencia, definitivamente,

decantada.

57
Erguirse

La sala de máquinas de un barco viejo es como la vida. Engranajes que envejecen, que necesitan mantenimiento, aceites, mimo. Quedarse con lo que funciona, reparar lo que se puede, asumir las bajas. En los motores de los barcos viejos cualquier cambio necesita tiempo, preparación. Insistencia. Los barcos nuevos son diferentes, están llenos de automatismos, y estos, junto con la electrónica, convierten todo en predecible, en una suerte de magia en la que parece que tenemos poco que decir.

Pero la vida no es así, apenas avisa. Es como un barco viejo, más artesanal, la vamos haciendo paso a paso, a mano, guiados por el tacto. Cada gesto desencadenando multitudes. Sin esperar nada de los automatismos que no te llevan a ningún sitio. Sin esperar tampoco que sea otro siempre el que se ocupe.

El motor del *Titán* era viejo y hacerlo funcionar requería, además de ser sistemático en los pasos, de grandes dosis de tenacidad y de fe, probablemente a partes iguales, dos cosas de las que Jonás, cuando de maquinaria se trataba, andaba sobrado. Por eso, afanándose en preparar el motor, intuyó que el amargor que le llenaba la boca no tenía nada que ver con las dificultades técnicas y más respondía a la frustración de haberse quedado tan cerca de concluir la hazaña, de traspasar por fin una de esas líneas que tanto se le resistían.

Y, de pronto, caviló que a él le ocurría algo parecido a los barcos viejos, que también le costaban los cambios, que era de

arranque lento, que a su maquinaria, igual que a la del *Titán,* había que cebarla bien y con tiempo si se querían obtener resultados.

Que si hasta ahora siempre se había quedado al borde del río, viendo pasar el agua, con las ganas de los críos y la cabeza de los abuelos, se debía a que el tiempo solía jugarle en contra. Como en esta ocasión. Y que esa facilidad suya de estar de vuelta en el rincón casi antes de empezar el combate, con la cabeza gacha y los brazos caídos, nada tenía que ver con una falta de osadía, sino con esa maldición de haber nacido con el arranque lento.

Que si era un tipo cargado de prudencia, cargado de razones, cargado de todas esas cosas que habitan en la cabeza de los que nunca saltan sin guardar la ropa, era todo debido a un problema de tiempos y sincronías, y que por tanto no se le podía culpar a él de su falta de militancia en casi todo.

Estaba dándole vueltas a la idea, y ya casi convencido de sus pobres argumentos, cuando Dilip, como de costumbre solícito, entró en la sala de máquinas para ofrecerse a echar una mano. Jonás se quedó observándolo y creyó adivinar en sus pantalones aún las ballenas dibujadas, a pesar de la sal y la mugre, y entonces algo se le revolvió en la cabeza.

Y pensó en lo que perdura y en lo que no.

Pensó en la resistencia como promesa.

Pensó en su docilidad como un lastre.

Y pensó que no era verdad aquello que siempre le habían contado sobre los hombres de mar, y sobre que el salitre te hacía más duro.

Recordó a su mujer utilizando su nombre convertido en destino, como explicación de ese afán suyo por agazaparse, esconderse en lugares oscuros y silenciosos, ese ponerse de lado ante la vida. Y sintió que no podía dejar que la realidad le pasara por encima una vez más.

Y de pronto supo que había un niño que no quería seguir

agazapado en la oscuridad. Lo sintió allí, con ganas de desdoblarse, de erguirse, de salir. Y entonces pudo ver que las fauces desdentadas de la ballena que lo cobijaba se abrían para dejar entrar toda la mañana de luz y ver cómo el niño, cansado del juego del escondite, se desenvolvía vértebra a vértebra hasta ponerse en pie.

Y mientras que se erguía, Jonás sentía que se erguía él también. Como si de pronto fuera más grande, como si estuviera dos palmos por encima del suelo y la cara al viento.

Con el niño en pie Jonás le tendió la mano para sacarlo de allí y tiró de él con el mismo gesto de cadera que usaba para subir a todos aquellos chavales a bordo. El mismo gesto que aprendió aquel día ya remoto en el que se le quebró la voz.

Lo sacó de ahí.

Lo sentó a su lado.

El niño lo miró como miran todos los niños el mundo, con esa mirada que siempre es pregunta. Y Jonás sintió cómo un millón de hormigas furiosas comenzaban a treparle por las piernas. Entonces, contraviniendo las órdenes de la capitana, terminó de cebar el motor, activó el timón auxiliar dejando sin gobierno el timón del puente, puso el motor a toda máquina y, con una sonrisa digna del pirata que le gustaría haber sido mientras las hormigas tomaban el control de sus manos, Jonás fijó un rumbo de varada hacia la playa.

58
Llegar

En el puente, Marcela tardó unos segundos en comprender que la falta de respuesta del timón tenía poco de fallo mecánico y mucho más de puño en alto.

Levantó el interfono para hablar con Jonás, pero algo la detuvo. Un atropello de pensamientos le llenaron la cabeza mezclando su título de capitana, el camino recorrido y su fragilidad con la gente que esperaba en cubierta y los náufragos del abuelo. Demasiadas cosas a un tiempo como para poder pensarlas de forma ordenada.

El muchacho que caminaba a zancadas cruzó la cubierta con largos pasos de danzarín. Como si las olas ondulasen su alrededor.

Marcela se recogió el pelo y comenzó a trenzarlo, cada respiración una nueva vuelta al cabello.

La mañana había dejado un mar sin olas. Un líquido plano, como un vaivén de aceite donde el rastro del *Titán* se mantenía apenas unos segundos antes de que la textura del agua lo engullera.

Jonás subió a cubierta, se acomodó con Marcela en la proa y juntos se dispusieron a disfrutar del espectáculo de ver cómo aquella ballena cargada de almas daba con sus huesos esponjosos en la playa.

Epílogo

A casi un océano de distancia, en una sala gris y mal iluminada, Bermúdez mata las horas analizando en la pantalla las trayectorias de los barcos y jugando a predecir. En su cabeza convierte cada trazo en un acontecimiento: maniobras, motores averiados, rescates.

El movimiento errático de uno de los barcos, como si fuera un velero a la deriva, sin gobierno, le llama la atención. Algo extraño que no cuadra. Una anomalía de la que podría informar.

No lo hace. Prefiere seguir concentrado en el esfuerzo de imaginar.

Edición digital: 2022

© Paula Farias, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1362-951-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.